

REVISTA EUROPEA.

Núm. 158

4 DE MARZO DE 1877.

AÑO IV.

EL PESIMISMO

EN SU RELACION A LA VIDA PRÁCTICA. (1)

Señoras y señores:

Todos habreis oido hablar de dos filósofos de la antigüedad que, segun cuentan, se pasaron la vida, el uno riendo y el otro llorando; todos habreis oido, que en tiempos cercanos á los nuestros un filósofo ilustré expuso una concepcion del mundo y de la vida, á que se ha dado el nombre de *optimismo*, y que otro escritor, de índole muy diversa, pero no ménos conocido, trató de poner en ridículo aquella doctrina en una célebre novela, cuyo protagonista no se convenció de que no es este el mejor de los mundos posibles, hasta que los búlgaros se lo demostraron administrándole cuatro mil palos; y todos sabeis, por último, que en nuestros dias un filósofo alemán ha elevado á la categoría de sistema una doctrina que proclama el mal invencible, el dolor inevitable, y la muerte, que es el anonadamiento, como ideal de la vida, en una palabra, el *pesimismo*. Y es, señores, que estos problemas por necesidad tienen que preocupar en todo tiempo al hombre, que se pregunta sin cesar si la alegría es una candidez y la perpétua tristeza su destino en la tierra, ó si puede racionalmente aspirar á obtener una felicidad, relativa y limitada al fin, como todo lo humano, pero real y positiva, y por tanto capaz de movernos á obrar con la esperanza de que no corremos tras un sueño y una ilusion.

Por esto, al modo que Don Quijote y Sancho serán los perpetuos representantes del idealista soñador y del positivista práctico, nos representamos á Demócrito y Heráclito, áun sin motivos para asegurar la verdad del hecho, representantes de la alegría perpetua y de la perpétua tristeza, encontramos en la Edad Media, al lado de la tendencia optimista de ilustres doctores de la Iglesia, el tétrico pesimismo de los que esperaban la terminacion del mundo; contemplamos, en la Edad moderna, la soberbia construccion de Leibnitz, y enfrente de ella, la burla sarcástica de Voltaire; y sentimos en nuestros mismos dias, en medio de utopías y delirios que aspiran á procurarnos una felicidad absoluta en

esta tierra, la sombría y desconsoladora doctrina de Schopenhauer y Hartmann.

Y como á esta clase de problemas procuran dar solucion tambien la Religion y el Arte, desde los más remotos tiempos encontrais asimismo artistas y sacerdotes que respectivamente os enseñan y muestran la vida, ya como el teatro en que nuestra actividad se desenvuelve, cayéndose y levantándose, gozando y padeciendo, pero siempre sostenida en sus laboriosas jornadas por la fe en la grandeza de su destino y por la esperanza de realizarlo, ya gastando inútilmente nuestras fuerzas, agitándonos en una actividad inútil, persiguiendo un ideal imposible, y corriendo en vano tras una felicidad ilusoria. Hoy mismo podeis escuchar la voz de Casandra, no sólo en el teatro y en la novela, si que tambien en labios de quienes no aciertan á ensalzar la suma felicidad de la existencia de ultratumba sino rebajando y desestimando indebidamente la vida terrena; pero como estos reconocen la posibilidad de luchar con el mundo, el demonio y la carne, y dejan abierta la esperanza mostrándonos la inmortalidad, no produce su pesimismo las consecuencias de aquel otro literario que, aliándose con la *ironía* y el *humor*, va unido á los nombres de Goete, Byron, Heine, Leopardi, Espronceda, etc.

Pues bien, no es mi propósito hablaros de ninguno de estos pesimismos, ni del filosófico, ni del religioso, ni del literario, y sí de otro que nace espontáneamente del seno de la sociedad, que pretende inspirarse en la contemplacion directa de la vida, que se informa en frases, adagios y proverbios de todos conocidos, que aprovecha, sin pararse á penetrar su sentido, las soluciones de aquellos otros pesimismos, utilizando para su propósito la descripcion que hace el místico de esta vida como un desierto y un valle de lágrimas, la desesperacion que eleva á la categoría de sistema el filósofo, el dolor sin esperanza, sin término y sin consuelo que canta el poeta; pesimismo, en fin, práctico y mundano que acoge con una sonrisa burlona todo lo que es accion, entusiasmo, desinterés; que muestra á cada hora el disgusto en medio de la existencia, y que concluye por decir que el amor es una ilusion, la amistad una mentira, el patriotismo una palabra, la piedad una locura, y la esperanza un sueño, no dejando en pié, si acaso, más que aquel sentimiento contra el cual, decía Aime Marbin, son impotentes todos los delirios y todos los extravíos de los

(1) Conferencia dada en la *Institucion libre de enseñanza*, el dia 18 de Febrero de 1877.

pensadores, el santo, el infalible amor de la madre.

Favorecen este pesimismo práctico las condiciones propias de la época actual; pues consistiendo la grandeza y los peligros de ésta en la lucha entre un mundo que se va y otro mundo que viene, uno que nace y otro que muere, en medio de las ruinas amontonadas y de la polvareda que levantan, mientras los unos tienen siempre fijos los ojos en la estrella que sale ó en la que al parecer se pone, y tomándola como guía trabajan y obran con fe y con entusiasmo, otros, no viendo que «aquí hay algo que se descompone y se disuelve para dar lugar á creaciones alumbradas por un nuevo sol,» no veindo «la luz en medio de las tinieblas de la noche, ni tampoco la vida en el silencio de los sepulcros,» se dejan arrastrar por la corriente, esperando que ella los conduzca, no á la vida, sino á la muerte. Es verdad que, en cambio, el sentido comun y la sana razon protestan perpétuamente contra este pesimismo; y así, á pesar de tan sombrías y desconsoladoras enseñanzas, no sólo continúa el hombre siendo activo, corriendo tras la felicidad, amando la vida, sino que, cayendo en el extremo opuesto, se anubla de ordinario su frente cuando aquella va de vencida, asociándose á las melancólicas palabras que el ilustre Youffroy dirigía en cierta ocasion á sus alumnos: «De las dos pendientes de la vida, no veis mas que una, que es por la que subís; ella es bella, risueña, perfumada como la primavera; no os es dado, como á nosotros, contemplar la otra con su aspecto triste, el pálido sol que la ilumina y la ribera helada que la termina; si tenemos la frente triste, es porque la vemos.»

Ahora bien; de este pesimismo práctico y mundano voy á ocuparme, combatiéndolo en la esfera del sentido comun, ya que este es el que corre el peligro de extraviarse bajo su influjo. Está muy lejos de mi ánimo la idea de desconocer la necesidad de atacar el que se cierne en las regiones trascendentales de la Filosofía, de la Religion y del Arte, y que viene á dar aliento y vida á este otro de que nos ocupamos; pero mientras las escuelas y los sistemas restablecen la verdad en esas elevadas esferas, bueno es salir con más humildes armas al encuentro de esta tendencia perniciosa, que concluiría por cegar toda fuente de accion, de movimiento y de energía.

Y no penseis que vaya á hacerme el paladin de aquel optimismo cándido é inocente, á que sin razon se une con frecuencia el nombre ilustre de Leibnitz, y que llevaba á un naturalista inglés á pretender demostrar que era un bien el que los animales carnívoros se comieran á los herbívoros por la convincente razon de que de otro modo tendrían los últimos una vejez muy desastrosa; no temais que

vaya á negar las angustias de la lucha entre el bien y el mal, que desconozca los derechos y los fueros de la tristeza. Pero, ¡ah! señores, esta es muy otra cosa que el pesimismo. La tristeza es aquella atmósfera mística y trasparente de que se rodea la pena para aislarse en medio de la alegría y del ruido del mundo, á través de la cual penetran las irradiaciones de las armonías de la naturaleza y de la vida social y el influjo de la misma Providencia divina, para templar el dolor del espíritu. El pesimismo, por el contrario, envuelto en una atmósfera densa y compacta, impide que lleguen á nosotros aquellas irradiaciones, y lo que vemos en el fondo de nuestro sér lo trasladamos afuera, sumiendo así la realidad toda en una sombría y negra oscuridad. Por esto, la tristeza nos arranca lágrimas, que caen sobre el corazon como santo rocío que le da vida y frescura; mientras que el pesimista, con los ojos enjutos y secos, en lo que cae es en la desesperacion. Por esto, con frecuencia, al modo que encontramos armonía en el silencio de la naturaleza, encontramos alegría en nuestra tristeza, y hasta á veces sentimos pena cuando observamos que un recuerdo triste y doloroso cesa de hacernos derramar lágrimas; mientras que el pesimista se retuerce en medio de un sufrimiento sin compensacion y sin consuelo. Y es, señores, que la tristeza es un don del cielo; el pesimismo, una enfermedad del espíritu. Tiene el hombre cien veces motivo para exclamar: ¡qué triste es *mi* vida! pero nunca le asiste para decir: ¡qué triste es *la* vida! Diciendo lo primero, puede esperar que su suerte individual cambie, y y entre tanto la contemplacion de la dicha ajena templará la de su propia desdicha; diciendo lo segundo, ni aquella esperanza ni esta compensacion son posibles. Además, este error puede conducir á los cambios y trasformaciones que con tanta gracia como elocuencia describe nuestro ilustre Balmes al hablarnos de aquel D. Eugenio que, bajo la impresion de una hermosa mañana de primavera y cuando nada malo le pasaba, no compartía el sombrío pesimismo que revelaba una novela que tenía en las manos; pero como á las pocas horas se enterara de que un amigo desleal le había estafado comprometiendo su fortuna, ya le parecía exacta la pintura que de la vida hacía el novelista; y sin embargo, en el mismo dia otro compañero generoso le libra de la ruina de que se veía amenazado, y torna á ser optimista.

Respetando, pues, la tristeza que todos, cual más, cual ménos, llevamos en el corazon, veamos cómo se nos presenta obrando é influyendo en cada una de las esferas de la vida ese pesimismo práctico y mundano, y cuáles pueden ser sus consecuencias en medio de las actuales condiciones de la civilizacion.

En el orden *científico*, el pesimismo produce uno de estos dos efectos: ó condena al hombre á perpetua sujeción al error, que es el mal en esta esfera, declarando que es para él inasequible la verdad, que es el bien en la vida del pensamiento; ó incurriendo en inconsecuencia, estima posible el alcanzar aquella, pero para hallar al cabo de penosas investigaciones que lo único cierto es que las contradicciones, la lucha y la contrariedad son permanentes, el mal invencible, el dolor inevitable, el anonadamiento y la muerte nuestra única esperanza. Contra aquel escepticismo protestan la sana razón y la fe innata que el hombre tiene en sus medios de conocer, y que mantienen en su espíritu esta eterna ansia de saber, la cual, lejos de abatirse con los obstáculos y de enfriarse á la vista de los vacíos que sucesivamente observa, á cada cumbre que sube y á cada horizonte nuevo que descubre, sigue caminando y diciendo siempre: *jeu celsior!* Contra este dogmatismo sombrío, protesta también el sentido común, que pide á toda hora á la ciencia guía y consejo, en los cuales espera y confía, porque sabe bien que á través del tiempo ha venido derramando luz en medio de las tinieblas, descubriendo nuevos ideales al espíritu, poniendo en nuestras manos armas para regir y dominar á la naturaleza, y empujando constantemente á la sociedad por el camino de la perfección, sin que invaliden estos merecimientos los errores y extravíos que á las veces han proyectado una triste sombra en la historia de la ciencia.

El hombre necesita conocer antes de obrar, saber antes de hacer, y por esto se consagra al estudio é investiga la verdad; primero, porque así lo pide y exige una de nuestras facultades, una de las energías de nuestra naturaleza, y de aquí el valor que la ciencia tiene *por sí*; luego, porque tiene fe en la utilidad de la aplicación de aquella á la vida. Decidle al anatómico, que día tras día busca en los restos del cadáver un secreto del organismo, sin parar mientes en que tal vez los miasmas que aspira lo están envenenando; decidle que el resultado de su esfuerzo y de su trabajo será tan sólo el descubrir algo que será una contradicción más en el organismo, y por añadidura una cosa completamente inútil; y es evidente que su entusiasmo se enfriará, su ánimo se abatirá, y no se sentirá movido á continuar sus investigaciones. Pues bien, señores; decid al hombre, que de la contemplación de la naturaleza, del espíritu y de la vida social habrá de deducir tan sólo que por todas partes reinan la lucha y la contradicción, que el mal es enemigo tan poderoso y tan multiforme, que cuando creemos librarnos de él, caemos sin cesar en sus garras; que por lo mismo el dolor y el sufrimiento son permanentes, y en consecuencia de todo, que son inútiles cuantos

esfuerzos se dirijan á impedir ó evitar lo que no tiene remedio, sin que nos quede otra esperanza que la de ir «á caer con nuestro cuerpo en el sombrío vacío de la nada;» y habreis de reconocer que no se sentirá muy animado á perder su actividad en sondear la herida por el mero placer de observarla, sin la esperanza de llegar á otra conclusión que la de que cada ciencia estudia una llaga, una nota discordante, un dolor, todos permanentes é irremediables.

Ya sé yo que la ciencia pura tiene su propio valor, como tiene el suyo la que directamente se aplica á la vida, y que en suma consiste en el conocer mismo; pero las ciencias más racionales y que más miran á lo eterno, al fin vienen á inspirar reglas de conducta práctica, mediante la reforma que determinan y el nuevo sentido que dan á las que son como intermediarias entre ellas y las de aplicación inmediata, viniendo siempre á resultar que el hombre quiere *saber para vivir*, y vivir es obrar con fin, con criterio, con eficacia, y todo este fundamento de la actividad científica desaparece cuando se pretende que lo único que vamos á hallar es la inutilidad de nuestros esfuerzos.

Tampoco pretendo que el hombre no deba de abrir los ojos á la verdad sino cuando esta le sea grata; que hartó sé que está aquella tan por encima de nuestro gusto y de nuestra conveniencia, que frecuentemente el entrar en posesión de la misma nos cuesta crisis dolorosas que al principio nos hacen vacilar, que luego nos dejan como sin apoyo en la vida, cuando la verdad de antes se ha desvanecido y la nueva está todavía flotando en el espíritu, y que á la postre termina en la paz que al alma procura una convicción profunda y sincera. Esto sería autorizar á cada cual para que fantaseara un mundo á su capricho, y á que en él se encastillara con sus ilusiones, cerrando cuidadosamente toda entrada por donde pudiera penetrar la ciencia á arrebatárselas, para que no tuviera luego que llorar, como el Dr. Faustino, la pérdida que le acarrea esta desdichada transformación. Pero una cosa es decir al hombre: si te consagras á la investigación de la verdad, muchos sueños de tu imaginación y de tu fantasía se desvanecerán; y otra muy distinta anunciarle que lo que va á encontrar es, que aquello mismo que á un tiempo le revelan el instinto, el sentimiento y la razón, que todo aquello que viene persiguiendo la humanidad siempre, y todos los móviles que le excitan á obrar, todo es ilusión y mentira. En el primer caso, no se ciega toda fuente á la actividad; mientras que en el segundo, no nos queda ni el estímulo de contemplar la belleza de la verdad real, ni la esperanza de aplicar á la vida útilmente el resultado de nuestros esfuerzos.

Y hé aquí el más desastroso efecto del pesimismo

práctico con relacion á la vida científica. El sabio pesimista, aunque lógicamente debiera concluir en la inercia, su misma vocacion le obliga á ser inconsecuente; pero en la vida comun, esta tendencia aleja del cultivo de la ciencia á muchos que, bajo la inspiracion de la pereza, fácilmente se convencen de que, léjos de tener encanto alguno aqueila, sólo puede procurarnos las tinieblas del error, las angustias de la perpetua duda ó el acerbo dolor de la desesperacion.

En la esfera del *arte* y de la *literatura*, el pesimismo lleva al artista y al poeta á pintar las contradicciones de la vida y no sus armonías. Ve en la Naturaleza el sudario de muerte con que se cubre en el invierno, y no el atavío de flores y verdura que ostenta en la primavera; el *cielo con negros nubarrones*, y no el azul trasparente que ensancha el pecho y alegra el ánimo; el sol que quema y agosta, y no el que vivifica y alumbra; el rio que se desborda é inunda, y no el que fertiliza; los desastres y las tormentas, y no aquel como remedo de las bellas artes que encontraba Edgardo Quinet: en las cadenas de montañas, la arquitectura; en las cumbres y los picos esculpidos por el rayo, la estatuaria; en la luz y la sombra, los dias y las noches, la pintura; en el canto de las aves, el murmurio de las aguas, el ruido de la creacion, la música; y en el conjunto de todo esto, la poesía. Ve en la vida social el sabio que especula con la ciencia, el artista que trabaja *pane lucrando*, el sacerdote que prostituye su elevado ministerio, el político que utiliza poder y autoridad en provecho propio; y no ve ni el científico que sacrifica su existencia al descubrimiento de una ley ó de una idea, ni el poeta que muestra á su pueblo y á su tiempo ideales desconocidos, ni el misionero víctima de su santa abnegacion, ni el patriota que da la vida por la libertad ó la independencia de su patria; ve los pueblos esclavos y no los libres, los que caen y no los que se levantan; los momentos de parada ó de retroceso de la humanidad, y no los de adelanto y de progreso; ve la obra de las pasiones, y no la de la razon. Por esto, sobre el fondo sombrío de sus creaciones se destacan siempre el mal y el dolor, apareciendo el bien y la dicha como accidentes pasajeros, nada más que como sombras del cuadro, miéntras que resaltan aquellos, irremediable el uno, invencible el otro; por esto, el dolor que canta es un dolor sin esperanza y sin consuelo, un dolor que seca, desanima y abate.

¿Es esta la mision del artista y del poeta? El cultivo de las bellas artes se ha considerado como un poderoso elemento educador, precisamente porque contribuye á despertar en nuestro interior la armonía, que es la paz del alma, y la idealidad, que mantiene en el espíritu la exigencia de un más allá de

perfeccion; y léjos de responder á estos fines cuando á sus creaciones preside un tétrico pesimismo, contrariálos ambos, puesto que la contemplacion de aquellas produce tan sólo la desesperacion en el espíritu. Y no es, como ya sospechareis, que yo crea que la lira del poeta no deba cantar el dolor; no soy de los que dicen que quieren ir al teatro á reir y no á llorar. Pinten en buen hora en el cuadro, en la novela y en el drama los episodios tristes de la vida, pero no se complazcan en mostrárnoslos en galería inacabable, como si quisieran convencernos de que aquéllos no son accidentes de la existencia, sino la misma trama de ésta; hágannos llorar ante la vista de los padecimientos y contrariedades que amargan la estancia del individuo en esta tierra, pero no nos conduzcan á la desesperacion procurando mostrarnos que esa es la suerte de la humanidad toda. Entre una y otra cosa hay la misma diferencia que ántes notamos entre la tristeza y el pesimismo; y si quereis discernirla, reparad la impresion y el estado de espíritu que determina en vosotros la contemplacion de las obras de arte en el teatro, por ejemplo, y encontrareis el distinto efecto que en uno y otro caso os producen las escenas de dolor que ante vuestra vista se suceden. Si al mismo tiempo que os arrancan lágrimas, no experimentais congoja y opresion en el pecho; si sentís pena, pero una pena dulce; si el recuerdo de lo que habeis visto no turba vuestro sueño ni os abruma dia tras dia como peso molesto que abate el espíritu; si, en una palabra, deducís de todo que es á veces triste, muy triste, la vida de un individuo, pero no que lo sea la vida misma, entónces la obra del poeta, además de ser bella, es una buena obra. Si, por el contrario, experimentais en vuestro interior como una secreta queja contra quien os ha llamado al teatro á sentir una pena sin compensacion, á contemplar un dolor seco y sin esperanza; si el recuerdo de lo que allí habeis visto se convierte como en oscura lente á través de la cual todo són sombras en el mundo; si sacais en consecuencia que las aspiraciones que parecen más naturales son un sueño, la lucha un trabajo inútil y la esperanza una quimera, entónces bien podeis decir que lo que teneis delante es inspiracion de la tétrica musa del pesimismo. Y como todo depende, en suma, de que el mal y el dolor aparezcan como fondo ó como sombra del cuadro, como esencia ó como accidente, por esto es difícil discernir esta diferencia en vista de una obra aislada, miéntras que es fácil hacerlo cuando tienen el mismo carácter todas las de un autor, de una escuela, de una época; porque en el primer caso podeis dudar si lo que teneis delante es un episodio de la existencia de un individuo ó es un reflejo de la vida toda, al paso que en el segundo es evidente el propósito de presentar

ésta como una serie no interrumpida de dolores y desastres.

¿Necesitaré decirnos cuáles son las consecuencias de este extravío en la esfera del arte? ¡Singular destino fuera el de este y bien menguado el nuestro, si la inspiración creadora con que Dios plugo dotarnos, en vez de servirnos para fantasear mundos de belleza y armonía y para convertir en oro el barro que tocamos, hubiéramos de emplearla en mostrar al hombre sumido por siempre en un verdadero infierno de males y dolores, de dudas y contrariedades!

También en la vida *económica* encontramos el pesimismo, y bajo dos aspectos: uno que podemos llamar conservador, y otro revolucionario.

Así como hay un optimismo del primer género, el cual consiste en abrir al pobre una cuenta, en cuyo *haber* se incluyen todos sus sufrimientos y dolores, quizá no bien apreciados, porque se avaloran contemplándolos desde muy lejos, y en cuyo *debe* se le cargan todas las ventajas que gratuitamente disfruta, hasta la de caminar por calles bien empedradas y el contemplar las maravillas del arte en los escaparates de las tiendas, entre los cuales no deben contarse, presumo yo, los de las fondas y *restaurants*, porque el efecto es contraproducente; así como, digo, hay quienes presentan de tal suerte esta cuestión, que, como decía La Bruyère, si los ricos la plantean, son los pobres los que deben resolverla, otros, por el contrario, reconocen la realidad de los males que á estos abruma y acongojan, y hasta parece que su contemplación los contrista; pero al fin y al cabo los declaran irremediables, por la sencilla razón de que siempre habrá en el mundo ricos y pobres, concluyendo por recordar á estos la resignación que el Cristianismo les aconseja, y cuidándose poco de recordar á aquellos la caridad que el Cristianismo les impone. Pesimismo cómodo y egoísta, que no echa de ver que no se trata de que desaparezcan los pobres y sí de que no sean tantos en número y no tan grande la pobreza; que, en vez de aconsejar á los dichosos que alarguen la mano á los desventurados para que puedan flotar y llegar hasta la superficie en busca de un poco de aire, encuentran mejor matar ó amortiguar los instintos generosos de aquellos, mostrándoles la fatalidad que condena á los segundos á morir en el fondo del negro mar de la miseria; pesimismo repugnante, en fin, porque pretende hacer cómplices de sus torpes intentos la ciencia, el derecho y hasta la religión misma fingiendo que trata de proteger intereses sagrados, cuando aspira tan sólo á impedir que venga cosa alguna á perturbar la digestión de los que están hartos.

El pesimismo revolucionario presenta la vida económica como el teatro en que domina el ciego in-

teres; entre los varios elementos de la producción la guerra es inevitable; siempre ha de haber explotadores y explotados; no cabiendo todos en el banquete de la vida, los débiles deben morir; y como en esta esfera es casi imposible la resignación, porque en ella el mal es el hambre, la inanición y la muerte, el individuo está condenado á luchar sin tregua ni descanso por el pedazo de pan que ha de prolongar su existencia. Puede creerse que el ilustre Bastiat fué demasiado optimista al trazar las *armonías económicas* en el precioso libro que todos conocéis, y que la escuela que tiene el honor de contarle entre sus adeptos, fía demasiado á la acción del tiempo la solución de problemas á que debe procurar poner término, tan breve como sea posible, la energía individual, la de la sociedad y aún la del Estado; pero la verdad es que la contemplación de las leyes económicas en el pensamiento, su comprobación en la vida práctica y la observación atenta de la historia demuestran lo infundado de las afirmaciones del pesimismo. En ninguna esfera de la vida se muestra tan patente como en esta la ley de la solidaridad, que hace del mundo entero como un inmenso mercado, y esto sería imposible si la lucha y la guerra imperaran en ella; la riqueza crece y aumenta de una manera prodigiosa, y su distribución, aunque no sea siempre la debida, no es seguramente más inequitativa que lo era en pasados tiempos; y en medio de los encontrados intereses de clase y de las opuestas preocupaciones de escuela y de partido, se encuentran y observan, en el orden de los hechos y en el de las ideas, indicios y señales de que el pavoroso problema social ha de alcanzar solución en el seno de la paz y no por la fuerza y la violencia, como augura el pesimismo, principalmente si se consigue que cada día los principios morales penetren y vivifiquen más y más la vida económica.

También en la esfera *jurídica* encontramos dos géneros de pesimismo: el de los indiferentes y el de los políticos de oficio.

Para el primero, todos los principios, todas las organizaciones son iguales; ni estas ni aquellos tienen virtualidad para proporcionar la felicidad á los pueblos; pensar en que podemos acercarnos á un ideal de justicia, es un sueño; debemos contentarnos con la paz, aunque sea la paz del silencio, la paz de la servidumbre; y de aquí, como consecuencia lógica de este escepticismo, se concluye en el alejamiento de la vida pública, en la inacción y en el quietismo. Ahora bien; deseo haceros notar tan sólo uno de los lamentables efectos de semejante conducta; quiero recordaros no más, que en los presentes tiempos los problemas sociales, jurídicos y políticos no los resuelve ya el sacerdote, ni el guerrero, ni el rey, ni el filósofo, ni el jurisconsulto;

los resuelve la sociedad misma, y por tanto, que retirarse de la escena, renunciar á influir en aquella, negar su concurso á la obra comun, es desertar, es abandonar un puesto de honor, y es, señores, entregar la direccion de la vida social á los más osados y á los ménos escrupulosos en utilizar en provecho propio la situacion que crea esa inercia general. Ved, si no, lo que acontece en Inglaterra, en ese pueblo cuyas instituciones los otros envidian, y cuya vida, á la par estable y progresiva, parece encerrar un secreto que todos se afanan por penetrar, y encontrareis que allí no hay indiferentes; que allí, por ejemplo, de 2.645.564 electores, depositan su voto en las urnas 2.485.183, es decir, casi la totalidad; y por esto no es juguete de políticos egoistas y arbitrarios, sino que cuanto allí pasa es verdaderamente obra y resultado de una rica y poderosa energia social. Por algo Solon castigaba al que en medio de una sedicion no optaba por alguno de los bandos contendientes!

El pesimismo de los políticos de oficio declara perpétuo el reinado de la injusticia, que es mal en esta esfera; afirma la fuerza como causa y fundamento del poder; este se gana y se conserva en provecho de una clase ó de un partido; y como de esto se trata, y no de realizar principios de justicia, que son meras abstracciones, el interes ocupa el puesto de la idea, y, por tanto, todo cuanto conduzca á aquel fin es lícito, la lucha es permanente, y el *voe victis* el eterno grito de los vencedores. Si los que tienen á su cargo la gobernacion del Estado os vejan y os oprimen, no os quejeis; ántes bien, debéis resignaros hasta que el poder venga á manos de los vuestros para hacer lo mismo; ni aún lo sintais, porque si los adversarios se precipitan por caminos de perdicion, podrá abrirse honda herida en el corazon de la patria, pero para vosotros es una ventaja, porque debéis recordar la frase de aquel á quien preguntaban: ¿qué hay de bueno? y respondia: hombre, lo único que hay de bueno es lo malo que esto va.

Por desgracia, mucho de esto se encuentra en la realidad; pero prueba de que, léjos de estimarlo como inevitable, como enfermedad que no tiene cura, lo consideramos vicio que es posible corregir y desarraigar, es que enfrente de ese mal innegable que corrompe la vida política de algunos pueblos, no de todos, se levanta siempre como protesta perpétua la afirmacion de una justicia absoluta, en cuyo nombre censuramos las leyes injustas; la declaracion de que la fuerza sólo se dignifica cuando es instrumento y brazo del derecho, y no causa y fundamento del poder; la censura de quien utiliza este en provecho propio ó de un partido; y la aspiracion permanente á la paz que todos ansian, hasta los más de aquellos que mueven guerra, porque espe-

ran que de este mal transitorio ha de resultar aquel bien duradero. Muéstrase asimismo la insubsistencia de aquellos torpes conceptos y torcidos procedimientos, en la hipocresía sistemática de los que los practican, esto es, en «el homenaje oculto que el vicio rinde á la virtud» al proclamar en voz alta la excelencia y el respeto de los mismos principios que se pisotean, lo cual verdaderamente rebaja más y más á quien tal hace, pero revela que la sociedad no se hace cómplice á sabiendas de semejantes desafueros.

Léjos, por tanto, de imponerse como mal necesario é irremediable todo esto que el pesimismo político se complace en mostrarnos, racionalmente pensando debemos reconocer que no es utópica ilusion la esperanza de que cese de estar la suerte de un pueblo á merced de la fuerza bruta, de que los depositarios del poder miren éste como algo sagrado que se rebaja y prostituye cuando en vez de ser medio de mantener el respeto del derecho se le utiliza para dar satisfaccion á bastardos intereses personales ó de bandería; y la esperanza de que los partidos, léjos de gozarse los unos en las desventuras de los otros, como si ellas no recayeran al fin y al cabo sobre la patria, se respeten y consideren, no ya por mera cortesía, ni aún por la tolerancia que los tiempos imponen, sino por la conviccion de que siendo ellos órganos de las varias tendencias que aspiran á dirigir la vida social, la cual ha de ser como la resultante de la accion de todas, negar á alguno su derecho á existir, no tolerarlo, no respetarlo, vale tanto como desconocer el derecho que la sociedad tiene á gobernarse y regirse á sí propia, y desconocer en la parcialidad contraria aquello mismo de que derivamos la fuerza y la razon de ser de la nuestra.

Después de lo dicho, salta á la vista qué género de consecuencias produce el pesimismo con relacion á la *moral*, puesto que ésta es forma de la vida toda, y por tanto carácter que reviste cada una de las esferas de aquella, so pena de negarlo mostrando el contrario, la inmoralidad. En este orden cabe considerar dos elementos: el subjetivo y el objetivo, ó lo que es lo mismo, el móvil que nos induce á obrar y el contenido de lo que hacemos ú obramos. Bajo el primer punto de vista, encontramos al hombre movido por el sentido, por el interes, por el sentimiento ó por la razon, y de aquí las tres doctrinas filosóficas de moral: la sensualista, con sus dos matices segun que proclama como acicate de la vida el placer ó la utilidad, la sentimental y la racional. Ahora bien; el pesimismo no deja en pié ninguno de estos móviles: segun él, el hombre corre tras el placer y sólo encuentra el dolor; persigue su bienestar, y la contrariedad permanente y el incesante sufrimiento le muestran que es para él

inasequible; déjase arrastrar por el sentimiento, y halla que los más puros y más santos son ilusión y mentira; inspírase en principios superiores, haciendo abnegación de sí mismo para contribuir al cumplimiento del destino providencial de todos los seres, y averigua que la contradicción y el mal se ciernen sobre la realidad infinita. Y de aquí la consecuencia que mira ya al aspecto objetivo de la cuestión, y es declarar intento vano el pretender realizar bien alguno efectivo; y así, no os consagreis con alma y vida á este ó aquel fin de la actividad esperando que vuestra obra, enlazándose con la de los demás, y la de un pueblo con la de otro pueblo, la de un siglo con otro siglo, va á ser el grano de arena que aportais á la magnífica obra que levanta la humanidad á través de la historia bajo la dirección de la Providencia divina: todo ese trabajo es inútil y baldío; la santidad, por lo mismo es el quietismo. Y hé aquí la consecuencia práctica más grave, más desconsoladora y más perjudicial del pesimismo. Discurriendo en una ocasión los ingleses una pena que por lo severa pudiera servir de castigo á ciertos criminales empedernidos, inventaron una que consistía en llevar piedras de un lado á otro, volverlas luego al mismo sitio, de nuevo llevarlas y de nuevo deshacer lo hecho; y resultó tan horrible el dolor de este trabajo inútil, que hubo de abolirse. Y es, señores, que no se concibe suplicio más cruel que la actividad moviéndose en el vacío, que la humanidad afanándose por llevar á cabo una obra que es obra perdida, como si estuviese condenada á vaciar eternamente agua en el tonel sin fondo de las Danaides. ¿Qué tiene de extraño que el pesimismo declare la alegría una candidez, si el mal ha de triunfar siempre y si todos los esfuerzos que el hombre haga para alejarlo son tan sólo eficaces para cambiar la forma de aquél, pero impotentes para librarnos de la contrariedad y del dolor que amargarán perpetuamente nuestra existencia?

Por fortuna, en este punto el sentido común y la sana razón reivindican sus derechos, y la humanidad sigue estimando real y efectivo el placer lícito y honesto de los sentidos, puro y santo el que nos procuran todos aquellos sentimientos que son impulsos de la vida, á la cual dan calor y animación, y superior á uno y otro el gozo purísimo de servir al cumplimiento del destino providencial de todos los seres, subordinando á él el nuestro, y constituyendo así como base de nuestra conducta la abnegación y el desinterés. Y en cuanto al punto de vista objetivo, si bien con frecuencia el hombre trabaja sin sospechar en las relaciones complejas que pueden unir su obra con la de los demás en el tiempo y en el espacio, de un lado, nunca deja de pensar en la utilidad más ó menos limitada de su

esfuerzo; y de otro, la más amplia, que es consecuencia del enlace orgánico que une la vida de los distintos pueblos y de unas y otras épocas, la damos por supuesta en el hecho de relacionar la de todas estas y la de todos aquellos en la historia universal, la cual arguye la unidad de la vida humana que es su contenido.

En la esfera *religiosa*, el pesimismo es en verdad muy antiguo, llegando á constituir el fondo de algunas religiones positivas, que, como el brahmanismo y el budismo, sobre desestimar la existencia terrena, presentan como ideal al hombre el ir á perderse después de la muerte en el seno de Brama ó en el Nirvana, y de aquí el favor que la segunda ha merecido á Schopenhauer y á Hartmann. Este sostiene que «el cristianismo comparte con otras religiones la concepción pesimista del mundo;» pero lo cierto es que, aun cuando algo de este sentido se encuentra en las manifestaciones de un misticismo extraviado, condenado en alguna ocasión como hereético, en esta religión sólo cabe lo que con razón llama Balmes la *tristeza cristiana*, no el pesimismo. En primer lugar, siempre habría una diferencia esencialísima y profunda entre concebir de tal modo la vida presente, pero no la ulterior, y el estimar aquella de igual modo, añadiendo además que con ella termina para siempre la existencia y que la muerte es el anonadamiento, la nada. Luego, lejos de concluir en el quietismo, es imposible despertar en el espíritu un estímulo más poderoso á la sana actividad para el buen obrar, que señalarle como ideal práctico de la vida la vida santa de Jesús, y como ideal absoluto el que éste daba al hombre al decir en el Sermon de la Montaña: Sed perfectos como lo es vuestro Padre que está en los cielos.

Pero el pesimismo también tiene una religión racional, y hasta aspira á delinear la que ha de producirse en el porvenir. Véase, si no, el último libro de Hartmann, digno de estudio, entre otros motivos, porque demuestra que, á diferencia de lo que acontecía hace un siglo, hoy á los sistemas más extraños arranca la religión el reconocimiento de que es elemento esencial y permanente de la vida y no creación arbitraria y pasajera de sacerdotes interesados. Yo no veo que sea posible armonizar la religión con la doctrina filosófica del pesimismo, porque bajo todos los aspectos que aquella se considere, parece resultar incompatible con este. ¿Puede la vida revestir un carácter piadoso, esto es, puede el hombre obrar pensando que su acto debe conducir, como todo cuanto se realiza en el mundo, al cumplimiento del destino de los seres, del bien universal, cuando este ha de ser perpétuamente vencido por el mal? ¿Tiene objeto la oración cuando el ser á que el hombre la eleva es impotente para dar á éste el ánimo que le sostega en la lucha de la vida, cuan-

do ideal es el morir perdiéndose en el no-ser, y cuando ni aún podemos, siendo lógicos, pedir, como todo consuelo, fuerza y resignación para esperar que aquel momento llegue, puesto que esto sería ya un lenitivo al mal, un pequeño triunfo del bien? Y por último, ¿iremos á buscar en esa esfera aquella luz que nos procura la fe racional completando las revelaciones de la razón, aquella fe religiosa que siendo «como una plenitud é iluminación del sér racional finito por Dios, es para él una luz que aclara la oscuridad de su conciencia limitada?» Nada de esto es posible, á nada de esto puede satisfacer una religión que sin inconsecuencia se produzca en el seno del pesimismo filosófico.

El práctico y mundano no se cuida gran cosa de este orden de la actividad; se contenta con tomar del pesimismo religioso la sombría descripción que hace de esta miserable vida terrena, y del científico nivelación de que después de ella no hay otra; y sonando en sus oídos mejor el título de *Filosofía de la desesperación* que el de la *Religión del porvenir*, tengo para mí que, lejos de estar dispuesto á secundar los propósitos que Hartmann revela en el segundo de estos libros, continuará creyendo que la religión sólo cuadra bien á los que esperan.

¿Cuáles son, en resumen, las consecuencias que se deducen del pesimismo en su relación á la vida práctica? Que el mal, siempre vencedor y siempre triunfante, brota allí mismo donde parece que brota el bien; que la felicidad, que el hombre persigue, es un sueño y una locura; que vivir es padecer; que el dolor sin término, sin compensación y sin otro fin que el dolor mismo, es nuestro destino; que, por tanto, el ideal es la muerte, el anonadamiento, la nada; y que, siendo el trabajo infecundo y la actividad inútil, el quietismo es la santidad y debe de ser nuestra regla de conducta.

Enfrente de tales afirmaciones, nosotros podemos, en vista de todo lo dicho, asentar estas otras.

Lejos de imperar el mal en la vida, lejos de huir ante él como amedrentado el bien, con frecuencia aquel nos empeña más y más en la realización de éste. Así, llora el hijo las consecuencias de una educación escasa, torcida ó viciosa, y al mismo tiempo redobla los cuidados y el cariño para hacer más llevadera la vejez de quien tan grave daño le hiciera. Lloro el ciudadano la ingratitud de su patria, que le tiene desterrado en lejanas tierras, y paga su injusticia pensando en sus desdichas y trabajándolo para devolverle independencia y libertad. Lloro el que ha encontrado desvío donde buscaba amor, y, sin embargo, mantiene la estatua sobre el pedestal en que la colocara, y continúa rindiendo culto y contemplando en sus dorados ensueños á quien deja en amarga y solitaria viudez su corazón, devolviendo así bien por mal, al modo de aquel árbol

aromático y oloroso de América, que, según cuentan, comunica su olor y su aroma al hacha que lo derriba.

Es ilusión, sí, la felicidad que la madre amorosa sueña para el hijo de sus entrañas; ilusión es el mundo de bienandanza que el amante fantasea para su amada; ilusión la loca pretensión del sabio que aspira á hacer pasar á la humanidad en un día de las tinieblas á la luz; ilusión la del artista que ve salir del fondo de su espíritu la misma y absoluta belleza que va á inundar al mundo; ilusión la esperanza del sacerdote que cree posible con su generoso esfuerzo redimir del pecado á todos los hombres; ilusión la del político que espera regenerar de la noche á la mañana un pueblo; é ilusión es la felicidad que cual más, cual ménos, todos soñamos para nosotros mismos, para los nuestros, para el pueblo en que nacimos, para la humanidad, en cuyo destino piensa el hombre como piensa el navegante en la suerte de la nave que lo conduce por la inmensidad del Océano. Pero al lado de esa felicidad absoluta que es inasequible, hay otra relativa, limitada, como todo lo que al hombre concierne, pero real, verdadera, positiva. Y si no, preguntad á esa madre, si lo es la que experimenta cuando estrecha entre sus brazos al hijo idolatrado; preguntádselo al esposo que estrecha entre los suyos á la esposa amada; preguntádselo al científico que descubre un principio, una ley, un procedimiento, el cual, á la corta ó á la larga, ha de mejorar la condición material ó espiritual de la sociedad; al artista, que ve á todo un pueblo contemplando la obra bella por él producida; al misionero, que arranca á una raza de la servidumbre del error y del pecado; al político, que consigue poner tan sólo una piedra en el cimiento de la organización social y política de su patria; y preguntadlo, por fin, al hombre, cualquiera que él sea, á cuya inteligencia ha llegado una verdad, cuyo sentimiento ha vibrado ante la contemplación de una obra de arte, cuya conciencia se ha sentido satisfecha ante una buena acción, cuya razón ha contemplado ó vislumbrado un mundo eterno de armonía, de bondad y de belleza, cuyo corazón ha gozado con la dicha de la patria y los progresos de la humanidad, cuya vida, en fin, han endulzado la amistad con su adhesión, el amor con sus encantos, la familia con sus desvelos y cuidados; y todos os contestarán que esta felicidad, limitada y finita, que tanto dista de aquella otra infinita que se sueña, no por eso es ménos real y positiva; y es, señores, que lo absoluto proyecta sobre todo lo humano una luz que las sombras de la vida pueden oscurecer, pero jamás apagar. Por esto, vivir no es padecer, como tampoco es gozar; *vivir es luchar*, y por tanto gozar y padecer. El hombre sabe que este es su destino, y por lo mismo no se

duerme ni en los brazos de la alegría ni en los de la tristeza; ántes, por el contrario, una energía secreta le mueve á no retroceder cuando en las luchas de la vida es vencido, á caminar más adelante cuando es vencedor.

Y en cuanto á la realidad del dolor, ¿quién será el insensato que la niegue? Pero el pesimismo no ve en él más que su lado sombrío; olvida que el dolor también advierte, purifica, levanta, redime; que temple el alma, le revela á veces energías desconocidas, y le descubre derroteros ántes ignorados, abriéndonos así una puerta al mismo tiempo que nos cierra otra. ¿Cuántas veces el espíritu, distraído en medio de las relaciones del mundo exterior y arrastrado por la corriente de los sucesos, merced al dolor y mediante su influjo, se detiene, se reconcentra, y de esta prueba sale con una fuerza para la virtud que ántes estaba atrofiada ó muerta! ¿Quién no se siente mejor, más dispuesto á hacer el bien y ménos capaz de hacer mal, bajo la acción de una amarga pena? ¿Cuántos cambios de conducta, cuántos arrepentimientos tienen lugar bajo el imperio de este misterioso y sagrado poder del dolor! Y no siendo ese nuestro destino, no siendo eso la vida, no es el ideal de ésta la muerte, la cual, ni deseada, ni temida, no ha de ser la perpétua preocupación de la existencia. La divisa de Herder debe hacerla suya todo hombre: «luz, amor, vida;» saber, amar, y vivir para amar y para saber.

Y, como consecuencia de todo, léjos de reconocer el quietismo y la inacción como reglas de conducta, que es el efecto más pernicioso del pesimismo, sobre todo en tiempos, como los actuales, de crisis y de congoja, concluyamos, que no ha puesto Dios en nuestro sér toda una serie de estímulos y de energías que nos mueven á obrar, para que nos agitéramos en el vacío; que no ha puesto en nuestro espíritu aspiraciones infinitas para que nos condujeran á locos desvaríos; que no es nuestro destino el sumirnos más y más, á cada paso que demos en la vida, en el insondable y sombrío abismo de la perversidad, del llanto y del dolor; concluyamos, señores, reconociendo la necesidad del trabajo, ensalzando la excelencia y la eficacia de la energía y de la actividad, y, siguiendo el ejemplo de un crítico de Hartmann, levantemos como enseña, enfrente de la inercia á que convida el pesimismo, un proverbio de la raza anglo-sajona, de ese pueblo que, con su indomable tenacidad, ha sabido hacer fecundo un suelo estéril y asegurar su derecho y su libertad al amparo de instituciones que todos los pueblos envidian: *to strive, to seek, to find and not to yield*; trabajar, buscar, encontrar, y no rendirse.—HE DICHO.

GUMERSINDO DE AZCÁRATE.

EL LIBRO DE LOS REYES.

No hace mucho perdió Francia al eminente orientalista Julio Mohl, cuya obra capital fué la traducción y publicación de la gran epopeya persa *El libro de los Reyes*, de Aboukassim Firdousi, del cual acaban de ver la luz los tres tomos primeros, impresos con un lujo extraordinario por la Imprenta Nacional, para formar parte de esa inmensa y costósima *Colección oriental* decretada por el gobierno francés en una época de prodigalidades sin cuento.

El libro de los Reyes, ó *Schah-nameh*, tiene un interés extraordinario para la historia comparada de las literaturas. En la elección que hizo Mohl de esta vasta canción de gesta para consagrar á ella su vida, se ve un espíritu filosófico, se ve sobre todo al amigo de Fauriel, es decir, del hombre que más ha contribuido á extender las verdaderas ideas sobre la naturaleza de la epopeya. Uno de los más grandes errores de la escuela universitaria, hija de los rectores latinos de la época romana, había sido clasificar bajo un mismo nombre los poemas homéricos, la Eneida, la Farsalia y la Henriada; porque todos estos poemas son narrativos. Uno de los golpes de Estado más decisivos de la escuela crítica fué el de reservar el nombre de epopeya á las obras nacionales y espontáneas, productos casi inconscientes del genio de una raza, á esos antiguos relatos heroicos, ordinariamente anónimos, que son como el alma de un pueblo. Más tarde se dió un paso más; se vió que la grande epopeya tiene casi siempre un segundo fondo mitológico; que mitología y epopeya son casi lo mismo, hasta el punto de que, razas como la semítica, que no tienen mitología, no tienen tampoco epopeya. Para descubrir esto eran precisos los progresos realizados hace veinticinco años en el campo de la mitología comparada. Pero lo que Fauriel y Mohl vieron á la perfección son los diversos grados que atraviesa la redacción del poema épico y las condiciones sociales que supone para desarrollarse: primero un fondo tradicional, conservado generalmente en ciertas familias aristocráticas; diversos relatos referentes á héroes célebres; cantores que vivían en el domicilio de una clase militar, cantando á esa clase, y conformándose con sus gustos; un largo periodo de conservación oral (la epopeya se aprendía de memoria ordinariamente durante siglos ántes de ser escrita), y despues, en la edad de la escritura, una redacción reflexiva que escogía un centro, relacionaba á él las diferentes ramas esparcidas, ensanchaba algunas de esas ramas, dando, en una palabra, á la epopeya nacional lo que le había faltado hasta entonces, la unidad.

Esto es lo que demuestra Grecia con incomparable maestría de ejecución en sus poemas heroicos. Casi todas las demás epopeyas se han detenido en este camino; unas en estado de canciones sueltas, ramas no reunidas al cuerpo de que debían formar parte; otras en estado de ensayos individuales no consagrados por el éxito; algunas, excediendo su objeto, no han llegado al estado de composiciones regulares hasta que pasó el tiempo de la epopeya seria y tales relatos provocaban á risa, en cuyo caso se hallan los ciclos de la Edad Media como los refiere Ariosto. Solamente la epopeya homérica recorrió todos los grados que separan los cantos descosidos del poema realizado. En esto la Grecia guarda su privilegio de buen gusto, de tacto y de armonía instintiva. Lo que hicieron sus escultores, sus arquitectos, sus historiadores, sus filósofos, lo hicieron también por su parte los últimos redactores de sus poemas épicos, que fueron arregladores como no los ha habido en ninguna parte. El sentimiento de medida y de proporción que caracteriza todas las obras griegas animó á los compiladores de genio que han producido la forma divina en que leemos *La Iliada* y *La Odisea*.

La India, la Persia, la Germania, los pueblos célticos marcharon por los mismos senderos; pero tuvieron ménos genio. La Edad Media, reduciendo al hombre al estado bárbaro y cubriendo el mundo con el feudalismo germánico, cuyo espíritu era esencialmente épico, volvió á traer algunas de las condiciones de la epopeya. La principal, que es el paganismo, faltaba; el cristianismo, obligando al convertido á maldecir su pasado heroico y á considerar condenados á sus antepasados, cortaba las raíces de la gran epopeya completa. Lo único posible que quedaba era una poesía guerrera más bien que épica. Como el suelo en que nacía era, desde largo tiempo ántes, cristiano, el segundo fondo naturalista y mitológico desapareció. En vez de esas guerras de los dioses y de los elementos naturales que se ven tras las epopeyas de los griegos, de los indus, de los persas y de los pueblos célticos, y aún detrás de los Niebelungen, el segundo fondo de la epopeya nueva fué un Carlomagno legendario muy diferente del que existió realmente, muy poco cristiano á veces, pero colocado por la influencia de las ideas cristianas á una distancia infinita de lo que constituye el semi-dios y el héroe.

En esta serie de estudios comparativos, la Persia ocupa un lugar de gran importancia. La antigua Persia fué esencialmente heroica; por las costumbres, las ideas y la lengua se parecía singularmente á nuestra época carlovingia; era mitológica también, y tras las atenuaciones del Zend-Avesta, se ve la idea del politeísmo que en la India ha producido una vegetación tan exuberante de dioses y de fá-

bulas. En todo tiempo una clase de *dihkan*, restos de una nobleza feudal que conservó, bajo el gobierno de los árabes, toda su importancia, se alimentaba de esos recuerdos. El islamismo, mucho más destructor todavía que el cristianismo de las tradiciones paganas, fué un rudo golpe para el antiguo espíritu, pero no fué un golpe mortal. En la región vecina al Tigris, el espíritu de Iran, que por otra parte nunca había florecido sin mezcla, desapareció en el brillo de la nueva civilización que se realizó un momento en Bagdad. Pero en las provincias orientales se conservó el genio de la Persia y su antiguo idioma. El árabe no fué más que el idioma de la religión. Tan pronto como se debilitó el kalifato, se manifestó una reacción persa, primero sorda, y después franca y abierta. Los gobernadores de las provincias orientales se hacen independientes; se habla persa en sus cortes y ciudades; los poetas persas se multiplican; los príncipes los favorecen, animando por todas partes la investigación de los recuerdos nacionales. Este movimiento llegó á su más alto período de vitalidad cuando la fortuna llevó al poder á los Samanides, que descendían de los antiguos Sassanides. Entonces un güebro, Dakiki, fué encargado oficialmente por el gobierno de escribir las antiguas fábulas heroicas de la nación, y partes de este primer ensayo del Libro de los Reyes han sido conservadas.

Dakiki murió sin haber escrito más que 1.000 ó 2.000 versos, y los Samanides desaparecieron pronto. Pero su obra fué continuada por los Ghaznevídes, y sobre todo por Mahmoud, el soberano más poderoso de su tiempo (997-1030 de J. C.), bajo cuyo reinado la Persia adquirió su completa independencia en el Islam. La idea de reunir en un cuerpo poético todos los relatos concernientes á los antiguos reyes, prosiguió su camino, y bajo los auspicios del mismo Mahmoud se organizó una vasta información, reuniéndose cuidadosamente las tradiciones orales y reuniendo los libros antiguos de todas partes. El Rey no se dormía nunca sin tener al lado de su lecho un contador que le refería esas maravillosas aventuras. Tratábase de encontrar un hombre capaz de hacer una obra duradera. Mahmoud buscó largo tiempo, y abrió concursos para la redacción de episodios que él designaba. Encontró, por último, lo que buscaba en Aboulkasim Firdousi, de Thous, el más hábil poeta de una época en que la literatura se convertía frecuentemente en un artificio y un juego del ingenio.

Mahmoud era musulmán celoso, pero ante todo era iraní. Firdousi casi no era musulmán. El fanatismo que le rodeaba le obligaba en su obra á homenajes hipócritas hacia el Profeta, detrás de los cuales se ve claramente la antipatía. En el fondo reservaba todo su entusiasmo para Alí. Alí había

llegado á ser la vertiente de las necesidades místicas y mitológicas de la Persia. No se hablaba de él sino con énfasis aproximado á la locura. ¿Cómo desconfiar de tales efusiones hácia un pariente del Profeta, hácia el más santo de los musulmanes? Cubierto por este artificio, el herético persa relacionaba á sus sueños panteistas lo que decía de ese árabe, de quien en el fondo se burlaba, y sonreía interiormente pensando en la partida que jugaba al ortodoxo. A veces el mal humor de Firdousi contra el islam se revelaba de una manera mal disimulada. Refiriendo lo que pasaba en aquel momento capital de la historia de la civilización en que se introdujo la fiesta del fuego: «Nuestros padres, dice Firdousi, tenían también un culto, una religión; la adoración de Dios florecía entre ellos. Como los Arabes se vuelven en sus plegarias hácia una piedra, ellos se volvían hácia el fuego de los más vivos colores.»

Sobre todo, Firdousi era naturalista y fatalista. El mundo rueda eternamente arrastrado por una ley que reside en sí, y especialmente en los astros, sin que ninguna voluntad benévola ó justa lo gobierne. La muerte se cierne sobre todas las cosas. La historia es una sucesión de edades que se empujan las unas á las otras, y á las cuales presiden profetas, héroes particulares á cada uno de ellos. A través de esta ronda presidida por la muerte, aparecen algunos sabios que han sabido experimentar alegría, á pesar de saber que es pasajera. El poeta interrumpe de vez en cuando su cantilena narrativa para insistir sobre la universal vanidad. «Cuando tú oigas estos relatos, dice, piensa cuán viejo es el mundo, cuántos destinos han pasado sobre esas montañas y esas llanuras, y cuántos pasarán todavía.»

La magia, tan antipática á los pueblos monoteístas, que ven en ella, no sin razón, una impiedad, una manera de disponer de la naturaleza sin aquiescencia de Dios, se halla en el fondo de la teología de Firdousi como en el fondo de toda teología indoeuropea. Leed los lantras de la India, las tablas Engubinas; esas singulares recetas para obligar á Dios proceden todas de una misma idea, de la idea de que el hombre manda á la naturaleza y consigue por medio de ciertos procedimientos adquirir la misión que el monoteísmo atribuye á Dios sólo. Este es también el pensamiento de la ciencia moderna. Solamente que las fórmulas que imaginaban esos extraviados del viejo mundo eran fórmulas quiméricas. La química las va encontrando, y sobre todo las encontrará en adelante mucho mejores. En todo caso, los dos antípodas del monoteísmo son la ciencia y la magia, haciendo ambas inútil la plegaria. Firdousi tenía de todo esto un sentimiento vago y profundo. A pesar de sus protestas de islamismo, su poema es ateo.

Dios no aparece jamás en él como providencia, ni tiene misión alguna en la acción que desarrolla el poeta. Lo sobrenatural de Firdousi es lo que resulta de una naturaleza viva, dominada por la ciencia del hombre y por la fuerza de su voluntad. Sus héroes son seres absolutos, sin superiores en el universo, pero sometidos á la suerte. Todo está gobernado por las esferas del cielo. Es una religión de poeta épico. El monoteísmo excluye la epopeya, sustituyendo una providencia todopoderosa á la gran batalla de la vida del mundo, concebida como una lucha entre las fuerzas fatales de la naturaleza y las fuerzas libres de los individuos.

Todo esto era poco ortodoxo y se necesitaba bastante complacencia para que lo tolerase la corte. El patriotismo lo cubría todo, y Firdousi lo experimentó. Obligado por una de esas desgracias que constituyen la historia diaria de las cortes orientales, tuvo que salir de Ghazna y fué á Bagdad, donde eran quizá menos creyentes que en Ghazna; el patriotismo persa no protegía ya al poeta semipagano. Se le censuró haber consagrado su vida á cantar á los adoradores del fuego. Para reconciliarse con la ortodoxia musulmana, se puso á versificar el insulso poema bíblico, ó más bien coránico, de Joseph y Zuleikha.

La epopeya de Iran, tal como Firdousi la ha hecho, no podría ser comparada á las obras maestras de la antigüedad griega, y hasta es inferior á las bellas redacciones de nuestras canciones de gesta de la Edad Media, y á las epopeyas de la India, que á su vez están tan lejos de la perfección de una edad clásica. El islamismo y la filosofía persa han introducido en la epopeya de Iran una especie de noción melancólica del destino humano que los poemas homéricos y los cantos carlovingios no conocían. El júbilo de vivir, la alegría en la muerte son elementos constitutivos del espíritu épico. Rolando y Aquiles, Olivier y Hector no han reflexionado jamás en sí mismos ni pensaban en llamar á la naturaleza madrastra y traidora. Firdousi era un estragado. Sin tener la audacia y la ironía amarga de Kheyyam, el más sorprendente poeta nihilista que ha existido, vivió como todo persa en la estrecha familiaridad de la muerte. Cada uno de los grandes reinados de las edades místicas termina por una reflexión áspera y resignada.

«¡Mira! ¿Quién podría llegar á una gloria igual á la suya? Había reunido los bienes de este mundo engañador; había demostrado á los hombres cómo se llega á la riqueza; pero no había gozado de ella. El mundo no es más que un sueño que pasa; ni la dicha ni la desgracia son duraderas...»

«¡Oh, mundo! Deja de elevar de este modo al que quieras aniquilar! Si quieres hacerlo desaparecer, ¿para qué elevarlo? Tú exaltas á un hombre por en-

cima del firmamento, y despues le precipitas á las profundidades de la oscura tierra.»

«.....Así desapareció su trono real y su poderío; la suerte le quebró como una yerba seca. ¿Qué fruto ha sacado de haber soportado tantos cuidados? Setecientos años habían pasado sobre él y le habían hecho experimentar todo lo que puede llamarse felicidad y desgracia. ¿Para qué sirve una larga vida? El mundo te alimenta de miel y de azúcar; pero en el momento en que tú te enorgulleces porque ha vertido sobre tí sus favores y te enseña su cara de amor, en el momento en que te elogia y te acaricia, cuando tú le has abierto todos tus secretos, juega contigo un juego pérfido y te hace sangrar el corazón. Yo estoy fatigado de este mundo transitorio. ¡Oh, Dios! librame pronto de una carga tan pesada.»

Sean cualesquiera las reservas que se deban hacer sobre el valor literario del poema de Firdousi, este poema conserva un interes sin igual para la mitología y la psicología etnográfica. En él se ve al descubierto lo que en otros está oculto, las leyes secretas que presiden á la confeccion de las epopeyas. El libro de los Reyes no ha escapado á la suerte comun á esta especie de poemas. Se ha ensanchado sucesivamente con episodios que, acumulándose alrededor de la obra primitiva, han alterado su carácter individual y han hecho de él un poema ciclico. Es verdaderamente la epopeya de la Persia. Aunque los persas musulmanes lo lean tambien con delicia, son los Parsis los que lo copian; el libro ha llegado á ser casi un libro parsi; y si algun dia, como puede creerse, la Persia se sustrae al yugo del islam, el libro de los Reyes será un libro nacional. Firdousi cree en la gloria; es humano; ama el bien; la civilizacion es para él el objeto que el mundo persigue; no obstante la fragilidad de los individuos. El que esto cree, no es un árabe, es uno de los nuestros. Con Hafiz y Kheyyam, caracteriza ese sorprendente fenómeno que representa la literatura persa: la persistencia obstinada del genio indo-europeo á través de las más tristes aventuras de la historia asiática.

ERNESTO RENAN.

ORÍGEN Y PROGRESOS DE LA BOTÁNICA. (1)

El estudio de la naturaleza constituye una de las ocupaciones más dignas del hombre, y la multitud de objetos que forman su conjunto le deben interesar sobre manera, porque aparte de la importancia puramente científica que tienen, le prestan los recur-

(1) Discurso leído ante la Academia de Ciencias exactas en la recepción pública del autor. Al reproducirlo le suprimimos el exordio relativo á la solemnidad académica.

(N. de la R.)

sos indispensables para su conservacion, utilidad y recreo. Por cualquier lado que mire, nada registra que no merezca su atencion, nada que no le conduzca á las más fecundas reflexiones. Admira la consideracion del orden que reina en la naturaleza. ¿Puede haber acaso asunto más delicioso y sublime que contemplar é investigar sus obras, y reconocer la sabiduría suprema que todo lo dirige y gobierna por leyes invariables y eternas?

El carácter esencial de la naturaleza es ser una, inmutable, aunque múltiple en sus manifestaciones; su ley la variedad de la unidad. La historia natural comprende todas las producciones del globo, las estudia en su composicion elemental, organismo y funciones y las clasifica por sus caracteres internos y externos. El verdadero naturalista descubre los tesoros que yacen ocultos en el seno de la tierra, reconoce y determina la infinidad de plantas que adornan y hermocean su superficie y la multitud de animales que la pueblan y animan.

Esta interesante y utilísima ciencia que siempre mereció la atencion de las personas estudiosas y la proteccion de los Gobiernos ilustrados, ha llegado en nuestros dias al mayor grado de esplendor por los muchos é importantes descubrimientos que han realizado los sabios dedicados á su estudio, aprovechando el inmenso material legado por las generaciones pasadas, aumentado considerablemente en la exploracion moderna de casi todos los países del mundo, y utilizando los grandes adelantos de las ciencias física y química, y hasta de la filosofía experimental en sus métodos nuevos de investigar y de exponer. Pero desgraciadamente en nuestra patria está todavía poco apreciada, á pesar de las incomparables ventajas que pudiera proporcionarnos su conocimiento y generalizacion, por haberse preferido hasta ahora el estudio de otras ciencias en apariencia más brillantes, pero en el fondo quizás menos útiles.

La historia natural es de importancia no sólo por su provecho material como necesaria en la medicina, agricultura, silvicultura, industrias y en el comercio, sino que tambien su ejercicio influye manifiestamente en la vida del espíritu; por lo que debe considerarse de absoluta necesidad en la educacion pública y privada, como medio eficaz de formar el juicio y de combatir y desvanecer las preocupaciones y los errores nacidos de la ignorancia. Con este fin se publican diariamente en Alemania, Inglaterra, Francia é Italia, manuales bien escritos y baratos sobre las ciencias naturales, al alcance de todas las capacidades, que con gusto y provecho son leidos por el pueblo á quien se dedican, y contribuyen grandemente á la civilizacion progresiva y á la moralidad de esas naciones.

Para facilitar en algun modo el vasto estudio de

la historia natural, ha sido preciso dividirla en varios ramos, pues de otro modo, ni habría quien pudiéra abarcarla en la extension que hoy tiene, ni se investigarían bien y con detenimiento los infinitos productos y seres de la naturaleza.

La botánica es una de sus partes; trata de los vegetales ó plantas, y nos enseña su composicion química y orgánica, formas, metamorfosis y vida, afinidades naturales que las unen para establecer grupos con distintas denominaciones sistemáticas, su distribucion ordenada en la superficie de la tierra, y por último, la historia del reino vegetal desde su aparicion en la tierra hasta nuestros dias: el conjunto de estos varios conocimientos constituye la botánica científica, separada de la industrial ó aplicada, que se subdivide en médica, agrícola, forestal, estética, etc.

Así como los animales son aparatos de combustion que absorben el oxígeno y devuelven el ácido carbónico, los vegetales, por el contrario, pueden considerarse como de reduccion, pues fijan el carbono y restituyen á la atmósfera el oxígeno de que la han privado aquellos: de esta suerte, por medio de los dos reinos orgánicos, se establece un equilibrio constante y benéfico en la composicion del aire, que lo hace más respirable para todos los seres. En cuya armonía general de la naturaleza, la vegetacion de la tierra, con sus emanaciones comparables á las brisas del mar, purifica el ambiente, lo humedece y embalsama; y la arbórea en particular tiene grande importancia cósmica, y una influencia eficaz en las condiciones de salubridad y benignidad del clima, en la determinacion de las lluvias y de otros fenómenos meteóricos, como tambien para la más conveniente distribucion de las aguas, saneamiento de los terrenos y aumento progresivo de la fertilidad y rendimiento del suelo.

Entre las varias producciones de la naturaleza, los vegetales proveen al hombre de aquellos objetos más necesarios para su subsistencia, conservacion y comodidades; asimismo suministran á la medicina los principales y más eficaces remedios para la curacion de nuestras enfermedades, y enriquecen de tal modo á las artes útiles que casi nada serían sin su auxilio. Las plantas son el adorno de la tierra y crecen en todos los climas y exposiciones; la naturaleza, que ha variado en tanto grado sus formas y aspectos, las ha dotado tambien de tendencias diferentes. Hay unas que sólo vegetan sobre el terreno abrasado de la zona tórrida; otras que habitan los climas benignos y templados, en los que se hallan igualmente al abrigo de los intensos frios y de los excesivos calores, y algunas tambien que únicamente nacen en los más rígidos y entre las nieves: unas especies hermocean con su fresco y alegre follaje las cumbres de las más altas serranías; visten

otras las faldas de las montañas, y forman preciosos tapices con lo vario y delicado de sus céspedes; muchas se encuentran solo en medio de los espesos bosques, al paso que ciertas formas prosperan mejor en lo más profundo de los valles, y nos presentan campos esmaltados de delicadas y brillantes flores; multitud de ellas se hallan nadando ó sumergidas en las aguas de los mares, rios y pantanos; viven no pocas adheridas y parásitas sobre especies diferentes; y por último, un reducido número de las más inferiores moran ocultas en lo más lóbrego de las cavernas y aún en completa oscuridad debajo de tierra, como huyendo de la luz que descubriría su imperfeccion.

El conocimiento de las plantas fué desde los tiempos más remotos de absoluta necesidad para las gentes, por la precision en que se veían de procurarse las cosas más necesarias y útiles á su vida y comodidades: de aquí debió resultar que se eligiesen en cada localidad, entre las especies espontáneas, aquellas pocas que, por tener propiedades sobresalientes, merecían someterse á un cuidado particular y esmerado, naciendo así la agricultura, que dió origen á la formacion de pueblos estables y civilizados, con lo cual cambió por completo el modo de ser de la sociedad humana primitiva. Tambien, según la planta ó plantas silvestres y cultivadas características del país, ha variado la fisonomía y condiciones físicas y morales de sus habitantes: el hombre salvaje, que no vive más que de frutos y raíces de vegetales indígenas, suele ser ágil de cuerpo, pero de inteligencia escasa; el árabe del desierto lleva vida errante, porque le basta para su subsistencia con el dátíl de la palmera; el que reside en países feraces privilegiados de la naturaleza, es en general flojo, negligente y cultiva con descuido grandes extensiones de terrenos; y por el contrario, las poblaciones que habitan territorios ménos favorecidos de aquella, donde dominan los cereales, las plantas industriales y los prados artificiales, que constituyen cultivos intensivos, como sucede en mucha parte de Europa, son en su gran mayoría inteligentes y civilizadas.

Cierto es que en las primitivas épocas la botánica se iba descubriendo y adelantando con excesiva lentitud, á causa de lo poco sensibles que son y se presentan sus fenómenos más interesantes. Estos, á la manera de los resortes íntimos de una preciosa y complicada máquina, están custodiados por la naturaleza y cubiertos de un velo denso, que sólo se rasga y descubre á los solícitos y perspicaces indagadores, ejercitados ya en el arte de acecharlos y reconocerlos.

La casualidad presentaba en los tiempos sucesivos y de cuando en cuando algunos fenómenos cuya notoriedad y brillantez excitaban la atencion de

aquellos aficionados y diligentes exploradores, que recogiendo descubrimientos primeramente aislados empezaron á compararlos entre sí, fueron investigando sus propiedades, descubrieron su virtud, su naturaleza, y los aplicaron con algun discernimiento y artificio á los usos que más necesitaban. Así se mantuvo la botánica por muchas edades en este sencillo é imperfecto estado.

Sabemos por la Sagrada Escritura, que la historia natural fué en los primeros tiempos uno de los conocimientos más apreciados, y que Salomon distinguía varias especies de plantas y averiguó sus virtudes particulares; pero el saber y adelantos científicos del pueblo judío han quedado casi perdidos para nosotros, pues no hemos podido rastrear más que leves indicios de su origen y descubrimientos.

Aristóteles, el mayor filósofo de la Grecia, aventuró hipótesis generales sobre productos y seres de la naturaleza, y su digno discípulo Teofrasto fué el primero que escribió concretamente del reino vegetal, tratando de unas quinientas plantas; y aunque sus obras no sean en verdad más que imperfectos bosquejos, tienen, con todo, mérito, considerado el tiempo en que se formaron, pues son las únicas que nos han quedado de los sabios de la antigüedad griega.

Algunos siglos despues floreció Dioscórides, que en su célebre *Materia médica* hace mencion de todos los cuerpos naturales conocidos entónces, y principalmente cita aquellos que servían en medicina, juntando las virtudes verdaderas ó imaginarias de las plantas, pero muchas veces con poco tino y demasiada credulidad.

Los romanos pensaron más en hacer conquistas que en cultivar y perfeccionar las ciencias naturales. Brilló, sin embargo, y quizá por los mismos años que Dioscórides, Plinio, aquel famoso compilador que nos legó una historia completa de cuanto en Roma se sabía de conocimientos naturales, creyendo y contándonos muchas veces las fabulosas virtudes atribuidas á las plantas.

Pasaremos en silencio aquellos tiempos que siguieron á la decadencia y ruina del Imperio romano, durante cuyo largo periodo, en que está comprendida la Edad Media, si hubo alguna ciencia natural sólo se encuentra en las obras de San Isidoro, arzobispo de Sevilla y lumbrera de la Iglesia española, en las de Alberto el Magno y en algunos escritores ménos nombrados. Los árabes, que por entónces dominaban en España, atendían al estudio de la botánica, haciéndola un ramo auxiliar de la medicina y de la agricultura, pero no la trataron como ciencia independiente.

En el siglo XV, las obras de los antiguos, particularmente las de Dioscórides, fueron traducidas y

comentadas; y sus descripciones cortas, imperfectas y confusas dejaban mucho campo para discurrir y extenderse en vaguedades á los que imaginaban que toda la sabiduría humana se contenía en los escritos oscuros de los hombres que habían vivido en los siglos pasados; se tuvieron por infalibles los remedios que Dioscórides recomendó, y las virtudes atribuidas á los vegetales; siendo casi siempre la mayor dificultad de los comentadores el poder determinar y descubrir las verdaderas plantas de que quiso hablar el autor, perdiéndose en conjeturas y aumentándose cada vez más las dudas y la confusion.

Algunos, exagerando este afán, alucinados por resultados engañosos de sus tentativas, erraron el verdadero camino de investigar la verdad, y entrando en proyectos extravagantes y superiores á sus fuerzas, creyeron que con descifrar aquellos escritos lograrían la panacea universal, el remedio seguro, pronto y capaz de curar todas las dolencias y prolongar la vida hasta una edad muy avanzada, sólo terminable á impulsos del tiempo, que al fin todo lo devora y aniquila.

Omito nombrar aquí, porque es más oportuno queden en perpétuo olvido, aquellos astrólogos que discurrieron consistir las virtudes de las plantas en el influjo de los astros, y á los que aseguraron provenir de su semejanza con la parte lesa del cuerpo humano.

Se continuó cultivando en Europa la botánica con más detencion y acierto en el siglo XVI, dedicándose muchos hombres estudiosos al adelantamiento de este ramo de la historia natural, con preferencia á los demas. Citaré del mismo á los botánicos más conocidos por sus escritos, tales son: Fuchsio, Dodoneo, Fabio Columna, Dalechampo, y aún más que estos, Gesnero, Aldobrando, Clusio y Cæsalpino. Propuso Gesnero un método de clasificación basado en la diferente estructura de las flores y los frutos, pensamiento que muchos aceptaron despues: Aldobrando es autor de obras extensas de mucho trabajo y erudicion, pero, por falta de orden, de escasa utilidad: Clusio, irlandés distinguido, despues de haber viajado por toda Europa, hizo imprimir obras descriptivas originales, con exactas figuras para aquel tiempo, de numerosas especies de plantas nuevas: fueron examinados por Cæsalpino los frutos, deduciéndolo de su estudio que debían preferirse para la formacion de los sistemas, porque ellos son el complemento de la vida del vegetal y los órganos destinados por la naturaleza para la conservacion y multiplicacion de las especies; hizo además la anatomía de las semillas, y distinguió las monocotiledones de las dicotiledones, llamando *univalves* á las primeras y *bivalves* á las segundas. Algunos atribuyen á este autor la gloria

de haber sido el primero que vislumbró la existencia de sexos en las plantas, siendo así que nuestro sabio Andrés Laguna, traductor y anotador del Dioscórides, en 1548 había emitido ideas bastante claras acerca del mismo asunto.

Por estos tiempos vivieron los naturalistas españoles Nicolás Monardes, Fernandez de Oviedo, Acosta, Gomara y Jarava, á quienes menciona Tournefort en la introduccion de una de sus obras entre los más sobresalientes investigadores de plantas; y Hernandez, médico de Felipe II, que pasó á Nueva España con el fin de estudiar sus producciones naturales, escribiendo como resultado de esta comision diez y siete tomos en folio, con la descripcion y dibujos de lo perteneciente á los tres reinos de la naturaleza y á las antigüedades y geografía del país. La mayor parte de aquel precioso tesoro pereció en el incendio del Escorial, salvándose únicamente el manuscrito sin láminas de lo perteneciente al reino vegetal, que fué publicado mucho despues con el título de *Historia plantarum Novæ Hispaniæ*.

A fines del siglo XVI y principios del XVII, la botánica tomó nuevo giro con la aparicion de los dos ilustres hermanos, Juan y Gaspar Bauhino. El primero empleó toda su vida en estudios científicos, y compuso una *Historia plantarum*, publicada despues de su muerte; y aunque de mucho trabajo y erudicion, no produjo los resultados debidos por falta de buen método; pero sirvió para que Gaspar emprendiese y concluyera la obra más extensa y original que hasta entónces se había escrito sobre la fitografía, el *Pinax theatri botanici*. En ella se enumeran sobre seis mil especies, distribuidas con algunos indicios de sistema, distinguiéndose cada una por medio de ligeras frases características.

Esta ciencia se mantuvo sin hacer progresos notables por espacio de medio siglo despues de Bauhino; pero no faltaron algunos escritores y viajeros, señalándose entre otros Zanoni, Parkinson, Johnston, Cornuti y Rheede, este último Gobernador de Malabar y autor del *Hortus Malabaricus*, obra que consta de doce tomos, con excelentes láminas y la descripcion de unas ochocientas plantas.

Los enumerados trabajos, aunque interesantes, estaban como aislados por falta de orden, acumulándose conocimientos que no servían más que para aumentar la confusion. Así lo observaron algunos espíritus sagaces, y trataron de evitar el desconcierto por medio de varios sistemas de clasificacion. Realizó en parte este pensamiento Morison, siguiendo las ideas de Cæsalpino, valiéndose tambien del fruto para formar un sistema botánico; y posteriormente Rayo y Ribino propusieron otros más completos, tomando el uno por base los caracteres del fruto, y el segundo los de la corola.

El descubrimiento del microscopio, efectuado por

entónces, facilitaba el estudio de la anatomía vegetal que aún no se había podido intentar, reducida como estaba toda la botánica en aquel tiempo al conocimiento imperfecto de los caracteres exteriores. Con este auxiliar poderoso, Marcelo Malpighi, médico italiano, y el inglés Nehemia Grew, se dedicaron á la investigacion de la estructura interna de los vegetales; pero estos trabajos microscópicos, que más tarde habian de constituir el fundamento de la botánica científica, fuese por sus dificultades ó por que los instrumentos eran todavía imperfectos y caros, no se generalizaron, quedando olvidados durante una larga serie de años.

Con dichos estudios iba adquiriendo la botánica algun movimiento, hasta que llegó la época en que aparecen varones de mayor ilustracion, que supieron recoger, examinar y comparar entre sí todas las partes componentes del vegetal; y así descubren con la meditacion y el ejercicio los principios de la ciencia, los reunen en un cuerpo de doctrina racional, y sientan los fundamentos de la botánica sistemática: adelanto de grandes consecuencias, que se realizó á principios del siglo XVIII, y fué debido casi exclusivamente al inmortal Tournefort. Este profesor del Real Jardin de París, recorrió varios territorios de Europa y Asia, habiendo estado en España por dos veces. Publicó sus *Eléments de botanique* en 1694, exponiendo en ellos el nuevo método de clasificacion, fundado en la consistencia de las plantas y forma de las corolas; y era tan superior á cuantos se conocían, que á pesar de adolecer de algunos errores, como separar en diversas clases las especies herbáceas de las leñosas de un mismo género, los sabios de toda Europa lo recibieron con entusiasmo. En el año de 1700 dió á luz tambien la célebre obra titulada *Institutiones rei herbariæ*, en que se encuentran agrupadas por clases, secciones y géneros todas las plantas conocidas en su tiempo.

Convencidos los botánicos de lo necesario que era mejorar los sistemas, pues sin este auxilio reinaría la confusion y el desórden en la ciencia, propusieron por entónces otros nuevos, pero todos inferiores al de Tournefort, por lo que no merece citarse más que á los inventores de los principales, como Hermann, Boerhaave, Ludwigio, Pontedera y Magnol.

Tambien se hicieron adquisiciones inmensas, recorriendo muchos celosos naturalistas las diversas partes del mundo, y dando á la estampa con el mayor esmero y emulacion las descripciones de los productos recolectados. Tournefort, en su viaje á Oriente, nos describe, con aquel tino y sagacidad que le eran peculiares, las muchas plantas que descubrió; Parrelier, despues de haber estado en España, Italia y Francia, escribió una obra en folio,

que contiene 1.324 figuras bien dibujadas; Plumier visitó la América meridional, dando á conocer un considerable número de especies nuevas; Sloane formó la historia botánica de la Jamáica; Hermann estuvo en Ceilan, y despues Linneo publicó su coleccion con el título de *Flora Zeylanica*: el *Herbarium Amboinense* de Runfió es una de las obras maestras de aquel tiempo; Plukenet dió á conocer un número considerable de vegetales de diferentes paises, y Petiwer aumentó los conocimientos en todos los ramos de la historia natural con sus escritos y colecciones.

Siento verme obligado á pasar en silencio á otros muchos ilustres botánicos que brillaron en esta época, por no permitírmelo los límites estrechos del presente discurso; mas no puedo ménos de hacer mencion de Dillenio, célebre por sus obras, y particularmente por la *Historia muscorum*, y de Vaillant, sucesor de Tournefort en el Jardin botánico de Paris, muy conocido por el *Botanicon parisiense*, varios escritos publicados en las Memorias de la Academia de ciencias de aquella capital, é inventor de un método particular para clasificar las plantas de flores compuestas.

Fueron notables los progresos que realizaron en la botánica todos estos sabios, tanto por lo que respecta á la teoría cuanto á la práctica. Seguíase en esta generalmente el método tournefortiano, prefiriéndolo á los demas, por ser el que reunía mayor claridad y concision á la solidez de sus fundamentos, aunque bien notaron que no estaba exento de varias faltas, como su mismo autor lo había declarado con aquella ingenuidad y modestia que le eran tan características.

En tal estado se le dió á la botánica un nuevo y poderoso impulso, realizándose una transformacion total, no sólo en esta ciencia, sino tambien en todas las demas que forman la historia natural. Y del mismo modo que el sol desvanece las sombras de la noche y deslumbra á los demas astros por su mucha claridad, así el insigne Linneo oscureció con sus escritos y descubrimientos las obras de cuantos naturalistas le habían precedido. Despues de registrar este genio superior los trabajos y doctrinas de sus antecesores, halló que sólo contenían fragmentos dispersos de la ciencia; por lo que se dedicó á establecer un nuevo plan en la botánica, logrando hacer fijar la atencion de toda Europa con la publicacion de su *Sistema naturæ* y *Fundamenta botanica* en 1735, y en seguida con la *Critica botanica*, *Genera plantarum*, *Hortus cliffortianus*, *Flora Japonica* y *Methodus sexualis* en 1737, cinco libros el producto de un año, cada uno de los cuales bastaría á eternizar la memoria de su autor, y para cuya composicion se hubiera dado por bien empleada la vida de un hombre.

Preservándose Linneo de preocupaciones y de hipótesis arbitrarias; desconfiando con una exacta lógica y severa critica de las analogías; no mirándolas sino como medios oportunos que sugiere la repeticion de experimentos; solicitando á la naturaleza de un modo preciso y uniforme; no intentando adivinar los resultados de sus tentativas sino esperándolos para averiguar su exactitud; siguiendo como guía la antorcha luminosa de la experiencia; desechando los prestigios de la imaginacion y los razonamientos vagos y fútiles; y en fin, reuniendo en sí mismo por ventura un talento grande, un juicio el más exacto y sano, y una aplicación y constancia infatigables, dió brillante luz, riguroso orden, encadenamiento científico y reflexion severa y circunspecta á la que él llamaba en su estilo poético *amabilis scientia*.

Con estas luminosas dotes llegó á conocer, por repetidas observaciones propias y por lo que habían investigado y escrito otros, lo muy esencial que eran en los vegetales los estambres y los pistilos, como indispensables en la fecundacion y formacion de la semilla, cuyos órganos le sirvieron para establecer el sistema sexual, que en poco tiempo, y durante muchos años despues, dominó sin rival en el mundo científico, porque entre los artificiales ninguno le ha aventajado en sencillez y facilidad. Bajo este nuevo método redactó su *Species plantarum*, obra que fué recibida con admiracion suma, y donde están nombrados y descritos científicamente los géneros y las especies con términos técnicos de significacion precisa y clara, como ningun botánico se había atrevido á intentar hasta entónces.

No debo detenerme más en la reseña de los grandes servicios que Linneo prestó á las ciencias naturales. Sólo añadiré que, enterado nuestro rey Fernando VI del singular y distinguido mérito de este sabio, y deseoso de que tan gran celebridad se estableciera en España con el fin de esparcir en ella sus luces y conocimientos, le propuso las ofertas más generosas para que viniese á enseñar la historia natural en esta corte; pero detenido por amor á su patria, no sólo rehusó tan señalado favor, sino tambien los que con el mismo motivo le hicieron la emperatriz de Rusia y el rey de Inglaterra; cuyo desinterés y patriotismo fué ámpliamente recompensado por su propio monarca, que le inscribió en la clase de los nobles del reino, y nombró caballero de la insigne orden de la Estrella Polar: primer caso de que un sabio fuese condecorado con aquella honorífica distincion, y seguramente no podía haberse encontrado un sujeto más benemérito para dispensarle tan excepcional gracia, siendo él mismo la brillante estrella polar que servía de norte y direccion á todos los naturalistas del mundo.

Siguiendo la narracion de la historia botánica,

cuyos principales hechos me he propuesto apuntar, citaré ahora á varios de los escritores más célebres, contemporáneos ó inmediatamente posteriores á Linneo, que contribuyeron con sus trabajos á los progresos de la ciencia en esta fecunda y brillante época, en la que el mayor número de los naturalistas, dejándose de controversias sobre los sistemas y aceptando el linneano, se dedicaban á estudiar la naturaleza con el mayor ardor, haciendo observaciones y descubrimientos interesantes en los viajes de exploracion que en todas direcciones emprendían, siempre con resultado feliz, y en los jardines botánicos que fundaron los gobiernos ilustrados en muchos puntos, como establecimientos de enseñanza al mismo tiempo que de recreo; por los cuales medios, unidos á la publicacion de escritos y á las demostraciones en las cátedras, se hacía general el conocimiento de la botánica y manifiesta su utilidad.

El grande Haller, digno competidor de Linneo, fué al principio amigo y despues se declaró su rival; escribió numerosas obras sobre medicina, física, historia natural y matemáticas, siendo su *Historia de las plantas* de Suiza, una de las mejores floras que se conocen, y sería mejor si dejándose de antagonismos hubiese seguido el sistema sexual. Entre los muchos discípulos de Linneo se distinguieron Kalmio, Osbeck y Loeffling; éste recorrió nuestra península y parté de la América meridional, donde murió á la temprana edad de 27 años: además se hicieron notables Förskal, Thumlerg, Solander y el hijo de Linneo, que fué el continuador de sus trabajos científicos.

Tambien debo nombrar en este lugar á los Gmelin, célebres botánicos de Rusia; Oeder, de Dinamarca; Hudson, Solander y Curtis, de Iaglaterra; Gaertner, de Alemania, que formó un nuevo sistema llamado *carpológico*, por haberse atendido en él á la vária estructura de los frutos y semillas; Hedwigio, profesor aleman, autor de varias obras sobre los musgos; Bonnet, á quien se debe un estudio especial y muy detenido de las hojas y sus funciones; Duhamel, que como teórico y como práctico realizó hechos importantísimos fisiológicos, de cultivo y de aprovechamiento de las plantas; Dombey, Bouillard y Ventenat, franceses como los dos ántes citados y notables escritores botánicos.

Entre los españoles de esta época se señalaron por sus trabajos y escritos, Minuart, distinguido profesor; Barnades, que dió unos *Elemetos de botánica* despues de haber estudiado las plantas de casi todas las provincias del reino; Quer, autor de la *Flora española*, obra bastante imperfecta por haberse adoptado en ella el orden alfabético, aunque tomando las frases características de Tournefort; Gomez Ortega, director durante muchos años del Jar-

din Botánico de Madrid, que publicó varios libros y fué el continuador de la *Flora de Quer*; Asso, célebre en toda Europa por sus escritos, y especialmente por la *Synopsis stirpium indigenarum Aragoniæ*; el laboriosísimo Palau, traductor en castellano de varias obras de Linneo y que hizo un herbario de plantas españolas; Sessé y Mociño, expedicionarios en Nueva-España, donde formaron ricas colecciones de objetos de los tres reinos de la naturaleza; Ruiz y Pavon, autores de la *Flora del Perú y Chile*, que despues de una permanencia de catorce años en aquellos remotos países, regresaron con grandes herbarios y noticias preciosas acerca de su vegetacion; el infatigable Née, que habiendo investigado el suelo de España realizó luégo un viaje alrededor del mundo, recolectando en todas partes cuantas plantas hallaba, reuniendo así herbarios muy considerables; el célebre Mutis, director de la comision de historia natural en Santa Fe de Bogotá, varon igualmente docto en las sagradas letras que en todos los ramos de las ciencias fisico-matemáticas, naturales y médicas, fué corresponsal de Linneo, y llegó á tener el herbario completo de la rica Flora de aquel país y una coleccion de seis á siete mil dibujos de plantas primorosamente iluminadas; por último, el insigne Cavanilles, que es con justa razon honra de España, contribuyó mucho al adelantamiento de la ciencia con la publicacion de sus profundas y eruditas obras, entre las que sobresalen la *Monadelphia* y las *Icones et descriptiones plantarum*, dando á conocer en ellas y dibujando por primera vez multitud de especies nuevas, indígenas y exóticas, y los *Elementos de botánica* que le sirvieron para las explicaciones en la cátedra del Jardin de Madrid, donde estaba de jefe.

Para terminar la reseña histórica de la botánica en el siglo XVIII, citaré á la ilustre familia de los Jussieu, llamada á realizar grandes y trascendentales progresos en la ciencia fitológica con el descubrimiento del método natural, que Cæsalpino había entrevisto y Linneo deseado diciendo que debía ser el objeto último del verdadero naturalista. La obra de Antonio Lorenzo de Jussieu, intitulada *Genera plantarum secundum ordines naturales disposita*, forma época, porque abrió el camino de la investigacion científica de los vegetales en todas sus clases y órganos, y preparó su conocimiento completo, reuniéndolos por las afinidades que los ligan y encadenan. Desde entónces se han ido desterrando los sistemas artificiales de clasificacion, que conducen solamente á encontrar pronto el nombre de una especie y nada más enseñan; y el estudio del método de familias, generalizado y en la actualidad exclusivo, ha dado ocasion para formar y desenvolver los ramos de la anatomía, organografía y

fisiología vegetal, además de lograr el agrupamiento natural de las plantas atendiendo por igual á todas sus partes y modificaciones.

ESTÉBAN BOUTELOU.

(Concluirá.)

LA RELIGION DEL PORVENIR.

(Conclusion).

IX. *

HISTORIA RELIGIOSA Y PRIMEROS LINEAMIENTOS DE LA RELIGION DEL PORVENIR.

La religion se muestra en sus comienzos indiferente al teísmo, al panteísmo, al monoteísmo y al politeísmo, y ofrece un como equilibrio de estos elementos; la conciencia no se ha dado cuenta aún del valor de las diferencias que nosotros señalamos, oponiendo la trascendencia á la inmanencia, la unidad á la multiplicidad, y segun la necesidad del momento, considera su divinidad como exterior ó como interior al mundo, como una ó como múltiple. Comenzando la religion por la adoracion de las fuerzas de la naturaleza, resulta como consecuencia inevitable la tendencia de todas las religiones primitivas á establecer la multiplicidad en lo divino; el espíritu infantil que piensa por medio de imágenes, no pudiendo ménos de antropomorfizar y antropopatzar, no es extraño que aplique este procedimiento á las fuerzas naturales diversas y sean para él otros tantos dioses personales diversos. Por otra parte, es esencial en estas fuerzas el ser inmanentes á la naturaleza, y todos sus conflictos no evitan que el sentimiento, impresionado de un modo religioso, perciba distintamente la conexion y la unidad de toda la naturaleza: cada una de las principales fuerzas naturales le parece idéntica á las otras en el sentido de que él la considera como una revelacion de lo sobrenatural y de lo divino; y por esto es por lo que la religion primitiva emplea sin escrúpulo la figura llamada *pars pro toto*, esto es, que cada fuerza natural venga á ser objeto de culto y adorada como un Dios, puesto que es una manifestacion de lo divino universal (1).

La conciencia religiosa primitiva no percibe la contradiccion en que el trabajo antropomórfico de su imaginacion la pone consigo misma; y no la per-

* Véanse los números 150, 151, 152, 154, 156 y 157, páginas 1, 39, 79, 135, 201 y 245.

(1) Este resultado se encuentra claramente en los Vedas. Véase Max Muller «Bertrage zur vergleichenden Religionsnissenchaff.» Es la traduccion de los «Essays on the science of religion.» (Ensayos sobre la ciencia de la religion).

cibe porque lo antropomorfiza todo (como lo atestigua el idioma) y no medita aún sériamente sobre estos antropomorfismos, que no la sirven más que de medios para enlazar las ideas y ordenarlas en las series que le sean más familiares en esta fase de su desenvolvimiento. Pero como el pueblo se atiene á estos antropomorfismos, que son lo que él comprende mejor y á lo que está habituado, las formas de los dioses, que originariamente no son mas que símbolos, se solidifican y llegan á ser verdaderas personas con una esfera de accion determinada; y sofocando de este modo el símbolo al pensamiento que guarda, se pierde la conciencia de la unidad de lo divino en estas petrificaciones del politeísmo, donde ya no subsiste cuando nace sino como una cosa oscura é incomprensible que no se manifiesta mas que á los espíritus profundos.

Así es como encontramos el *politeísmo* en la mayor parte de los pueblos que entran en la historia: es la corrupcion de un punto de vista anterior más elevado, pero que no podía sostenerse en su sencilla inocencia porque no había reconocido como tales las diferencias que existían dentro de él, y no las había superado intelectualmente. En todas partes el politeísmo tiende á insinuarse bajo un disfraz cualquiera en los intereses religiosos más puros, porque en todas partes ofrece al pueblo ignorante aquella forma del culto religioso mecánico, que es la más vacía de ideas y la más cómoda, por decirlo así. La tarea principal del desenvolvimiento religioso de la época histórica consiste precisamente en vencer este elemento de la religion primitiva que la ha hecho degenerar en politeísmo, y que presta al politeísmo tal duracion, quiero decir, la tendencia del hombre que sufre el imperio de la sensacion á trasformar lo divino á imagen del hombre: sólo en esta victoria se hallará el medio de conservar simultáneamente los elementos legítimos de la religion primitiva, la unidad de lo divino, su inmanencia y la multiplicidad de sus formas de expresion.

Por eso la historia ha seguido dos caminos, de los cuales ninguno podía alcanzar el fin, porque cada uno representaba un modo de considerarla demasiado parcial, pero que juntos hacen reconocer distintamente su verdadero objeto. El Oriente sigue la vía que, en apariencia, va más al fondo de las cosas y comprende más: no quiso abandonar la multiplicidad que se legitima bien claramente como diversidad interna de lo Uno; custodió con gran esmero la inmanencia, que es para el sentimiento religioso de una importancia tan decisiva, y quiso asegurar la unidad en lo divino, reconociendo la divinidad única, que lo es todo, que lo anima todo, que se muestra activa en todas sus manifestaciones divinas y humanas. Esta forma religiosa es el *brah-*

manismo. Aquí todo es manifestación de Brahma, el ser uno, eterno é impersonal que tiene los atributos del ser, del saber y de la felicidad, que expresa desde luego en la Trimurti (Brahma, Vichnu y Siva) su actividad creadora, conservadora y disolvente, y despliega después su divina esencia en particularidades innumerables. Desgraciadamente los dioses múltiples son aquí la piedra de escándalo para la imaginación popular: la divinidad una, impersonal, inmanente, queda salvada en teoría, pero tan solo para la doctrina esotérica, de la que el pueblo no se cuida, ateniéndose únicamente á las formas personales múltiples, en las cuales se manifiesta lo Uno. El sistema es puramente antropomórfico en la cima, pero este antropomorfismo se presenta en retoños numerosos y fuertes en los peldaños de la escala que va desde la cima metafísica á la gran base física.

El judaísmo siguió el camino opuesto. Entre los múltiples dioses eligió uno para que fuese el de la raza, é hizo con él un pacto sinalagmático (la antigua alianza). Los antiguos judíos creían en la realidad divina de los otros dioses de los pueblos vecinos lo mismo que estos pueblos, solo que ellos tenían el suyo por el más fuerte, confiaban en sus promesas y se creían obligados á guardarle fidelidad á cambio de los beneficios concedidos á sus padres. A medida que aumentaba el sentimiento nacional, crecía también la opinión que de su Dios tenían formada y su orgullo de ser creyentes en este Dios. Desde el instante en que lo elevaron á la posición de creador único del cielo y de la tierra, debieron considerar ilegítima la autoridad de otros dioses sobre la tierra fabricada por Jehovah, y esperar en honra de su Dios que un día todas las naciones se convertirían á él y le adorarían como el Dios supremo y el único creador del universo. Continuando el desenvolvimiento del monoteísmo, llega no tan solo á considerar ilegítima la dominación de los dioses extranjeros, sino á declarar á estos falsos. ¿Qué significa esto? Que la conciencia religiosa ha elevado de tal modo su concepto de la divinidad, que ya los dioses extranjeros no responden á este concepto, y no son otra cosa que demonios que se han hecho pasar por dioses para usurpar homenajes que no les corresponden. En el *mahometismo* es donde el monoteísmo encuentra bajo este punto de vista su expresión más enérgica, la unidad abstracta de la divinidad, siendo objeto mismo del fanatismo religioso. Verdad es que tal fanatismo no puede sostenerse á la larga: es preciso para eso que la unidad de Dios se deshaga de algún modo; por ejemplo, por medio de las tres personas de la Trinidad cristiana, por los honores divinos concedidos á Mahoma ó por otro procedimiento análogo.

Aquí tenemos, pues, una evolución inversa de

la evolución del brahmanismo del seno del politeísmo. Por una especie de selección natural en la lucha de los dioses por la existencia, aquel de entre ellos que era religiosamente el más fuerte, había salido vencedor y había destituido á los demás de la dignidad divina. Sin duda la unidad de lo divino se había restablecido de este modo: se había restablecido al menos prácticamente para la conciencia del pueblo entero, pero el Dios uno se había desenvuelto partiendo de una forma antropomórfica del politeísmo, estaba infectado del más grosero antropopatismo que le condenaba á la trascendencia y que apagaba la sed del sentimiento religioso, ávido de un Dios inmanente, como una piedra ofrecida en vez de pan satisface á un hambriento. No es que el suelo del Antiguo Testamento no pueda producir la vegetación de la inmanencia divina; pero en aquellos parajes en que se descubre no son más que veleidades del sentimiento religioso, que espiran en la contradicción en que se colocan con la personalidad trascendente de su Dios.

Así en el brahmanismo, los Arios de la India conservan la inmanencia de la divinidad impersonal, pero no sin sacrificar la unidad, al menos para la conciencia del pueblo, y los Semitas, por el contrario, dan á todos la unidad de Dios, pero á condición de abandonar su inmanencia, que no es posible más que con un Dios impersonal. A pesar de ciertas aspiraciones, el brahmanismo permanece encerrado en la apoteosis antropomórfica de las apariciones de la esencia imperceptible en el seno de la naturaleza múltiple; el judaísmo y el mahometismo cortan los hilos de comunicación entre la multiplicidad de la apariencia y la unidad de la esencia, por temor de tocar á esta en su forma abstracta; y por lo que se refiere á la función constante de la divinidad en su manifestación natural, lo reducen á la relación más exterior, no dejando subsistir más que el acto cumplido de una creación relegada al pasado. Esta posición es demasiado característica para que no haya lugar de ponerla en relación psicológica con los caracteres etnográficos de los Arios de la India por una parte, y con los de los Judíos y Arabes semitas por otra. La diversidad no descansa, como Renan afirma, en la oposición del politeísmo y del monoteísmo, porque los Arios y los Semitas son politeístas igualmente, sino en la diferencia de los métodos empleados para triunfar de este politeísmo que les es común: aquí el monismo panteísta, allí el monoteísmo personal abstracto.

La oposición de la metafísica exotérica del brahmanismo y de la religión popular exotérica suscita un reformador. *El Budha* resumió las doctrinas de la filosofía védica y sankya, y las predicó al pueblo como una doctrina nueva que traía la salud. Su enseñanza no conocía ni dioses ni sacerdotes. Des-

graciadamente, Budha procedió con más fuego que discernimiento: á la par que los dioses populares politeístas, rechazó también la divinidad metafísica, la substancia del mundo, la esencia de su manifestación, y predicó el puro ateísmo. Su error de que el mundo no es más que la apariencia de una nada, no hubiera sido posible sin el idealismo subjetivo que todo lo mira como un sueño, idealismo esparcido muy generalmente entre los Indios desde tiempo inmemorial, y que tampoco cree en ninguna realidad, que ni aun reconoce la necesidad lógica de una esencia detrás de la apariencia, siendo por tanto (si se le coloca bajo el punto de vista del realismo) lo mismo acosmismo que ateísmo. Eran necesarias tales presuposiciones en la teoría del conocimiento para que fuese posible fundar una religión atea. Por otra desgracia también, el budhismo no pudo preservarse de las propensiones populares que en todas partes engendran el politeísmo. El Budha mismo fué deificado como Jesus; el Nirvana que él había predicado como fin supremo, fué transformado en un paraíso de felicidad positiva, y la jerarquía que él había infamado, fué restablecida en toda su belleza lo mismo que en otra iglesia después de una interdicción semejante pronunciada por Jesucristo. El budhismo, corrompido de esta suerte, no se diferenció lo bastante en principio del brahmanismo para poder resistir á la reacción de este en los países donde tuvo origen. No obstante, es justo reconocer en el budhismo una forma más estricta del monismo que lo era en el brahmanismo, y no rehusar á su ética, tan próxima á la del cristianismo joánico, el testimonio de que constituye un gran progreso en la historia religiosa del Oriente.

Enfrente de la religión del Imperio romano, de un politeísmo gastado y vacío, abandonado del Espíritu, el monoteísmo judío se levantaba como una fuerza religiosa imponente. Una sola cosa impedía que se propagara é hiciese conquistas. Las restricciones pesadas é inútiles de la ley mosaica que pretendía regular hasta los actos más insignificantes. En cuanto esta barrera fué allanada por San Pablo, el monoteísmo judío, enriquecido con las promesas y las palabras de redención cristianas, comenzó su marcha conquistadora por las comarcas bañadas por el Mediterráneo. Mientras la población aria de estos países no vió en el Dios de los cristianos más que uno de los numerosos dioses recién llegados del Oriente, y formando parte del politeísmo, se adaptó á su conciencia; pero cuando la rigidez del monoteísmo judío se echó de ver, apareció la reacción del espíritu ario en oposición á la unidad abstracta que se le quería imponer, y enfrente de esta exigencia sostuvo su derecho nacional psicológico, destruyendo el monoteísmo por medio de la *Trinidad*.

A semejanza de la Trimurti brahmánica, la Trinidad presenta tres actividades fundamentales de la divinidad, antropomorfizadas en tres personas divinas: sólo que las actividades aquí son distintas en cuanto á la segunda y tercera, y consisten en la creación, la redención y la santificación. La contradicción que en la religión primitiva de los Vedas pasa como desapercibida, que en el ensayo de solución judío está resuelta por la separación de la multiplicidad y de la única raíz, aparece completamente clara en la Trinidad de los brahmanes, y en la de los cristianos: uno es tres y tres es uno. Los brahmanes la han resuelto en el impersonal Brahma, esencia única de las tres personas distintas que se manifiesta en todas tres. Durante quince siglos los cristianos han masticado esta contradicción, no teniendo el valor de resolverla según el precedente de los brahmanes. En el fondo la fórmula «una substancia ó una esencia en tres personas» les conducía bastante cerca de este resultado; pero ya el antropopatismo judío de la personalidad trascendente del Dios Supremo estaba demasiado implantada en el dogma para que no se debiera temer como herejía la franca profesión de la consecuencia, que consiste en reconocer una divinidad única impersonal, que lo es todo (comprendiendo también á los tres dioses).

Claro es, sin embargo, que ninguna de las tres personas, ni siquiera una cuarta, puede constituir la identidad sustancial entre las tres, sino tan sólo una sustancia divina, impersonal, formando la esencia idéntica de las tres personas, con respecto á la cual, por consiguiente, las tres personas no son más que maneras de manifestarse, modos ó formas. Pero entonces esta sustancia divina é impersonal es la esencia íntima y propia de los tres modos divinos de manifestarse, la única y sola verdadera divinidad, la cima de la metafísica cristiana que sólo justifica su nombre de monoteísmo ante el tribunal de la razón. Bajo este punto de vista, los tres modos personificados de esta divinidad una é impersonal no pueden ser mirados sino como antropomorfismos fantásticos de las funciones divinas, lo mismo que en el brahmanismo, con la sola diferencia de que las funciones naturales son reemplazadas en parte por funciones místico-éticas. El lazo que el judaísmo había cortado entre la esencia divina y el mundo fenomenal de la naturaleza y del tiempo (por ejemplo el hombre), no pudo unirlo el cristianismo mismo más que recurriendo á un misticismo herético ó á veleidades impotentes que se estrellaban contra el dogma de la personalidad; pero al menos se procuró una sustitución imperfecta de este lazo, restableciendo en el seno de la divinidad trascendente la relación de esencia y de manifestación con su carácter de inmanencia, propo-

niéndose así un ideal (inaccesible sin duda con las premisas admitidas) del modo de union del hombre con Dios y de la manera con que la multiplicidad de los fenómenos naturales debe ser absorbida en la unidad divina como en la esencia constitutiva de estos fenómenos.

Este sentido metafísico profundo de la Trinidad, fué desconocido en el seno del protestantismo por el racionalismo de la «época de las luces.» En vez de proseguir con energía la corrección de la unidad abstracta del monoteísmo judío trascendente, recayó en el punto de vista judío, borrando dos personas y conservando la tercera como Dios personal, un Dios que quedaba más exterior y más extraño al hombre que nunca lo había sido. ¿Era esto lo que hacía falta? ¿De qué se trataba verdaderamente? De borrar en serio la idea de que el hombre debe ser uno con la divinidad, como las tres formas divinas antropomórficas de la Trinidad lo son con su divina y única esencia, y no era necesaria á esta tésis más que una corrección, la cual consiste en que este «debe» se convierte en un «es» real desde el instante en que (con Hegel y Biedermann) se abandonan las personificaciones no justificadas politeístas y antropomórficas, de los principales modos de revelación de la divinidad, y se vuelve á introducir la inmanencia de la divinidad una é impersonal en todas sus manifestaciones. Sólo entonces se resolvería el problema que entraña la necesidad de llevar nuevamente á la unidad al monoteísmo y al panteísmo por la eliminación de todo antropomorfismo y de todo antropopatismo, es decir, de fundar un monoteísmo cuyo Dios no esté separado del hombre por su personalidad, y un panteísmo que no se halle corrompido por ningún politeísmo.

El cristianismo, con su dogma fundamental de la Trinidad, puede considerarse como el primer ensayo de *síntesis* del desenvolvimiento religioso ario y del desenvolvimiento semítico; pero la tentativa fracasó doblemente en el sentido de que aquella cima impersonal que hace posible la inmanencia, no pudo ser alcanzada claramente, y de que la reaparición del politeísmo de la antigua Trimurti vencida ya por el budhismo, fué el precio con que fué preciso pagar una ganancia ya robada. Sin embargo, la tendencia sola del ensayo y el fervor con que durante períodos de mil años se han adherido á las contradicciones de la Trinidad, proporciona tan rica enseñanza, que esta forma religiosa, á pesar de su falta de naturaleza y profundidad, no puede ser separada de la historia. Ella nos muestra, de concierto con el budhismo en su forma todavía incólume, la vía por la cual aún debemos caminar: la abolición del politeísmo y de la trascendencia, doble progreso que supone la ruptura con la antropopatización y la personificación de lo divino. Hoy somos

tan celosos monoteístas como los Judíos y los Mahometanos, y tan celosos partidarios de la inmanencia como los Indios; nosotros queremos extirpar el politeísmo del cristianismo (el culto de los santos del catolicismo como el tritheísmo del luteranismo) de un modo tan radical como lo quiere el racionalismo; pero no queremos como los primeros cambiar la sustancia divina impersonal, inmanente en los tres dioses de la Trinidad, con el Dios personal de los Judíos y de los Mahometanos que permanece eternamente alejado y enfrente del hombre como de toda la creación.

A pesar de todas las tendencias de transformación, el cristianismo ha quedado fiel en gran parte al origen semítico que ha tenido; pero hoy, como en el siglo II, el espíritu ario dirige sus advertencias al semitismo tradicional por la bocina de la filosofía. Si esta filosofía era entonces la griega en su fase alejandrina, á la cual influencias egipcias habían prestado su concurso, en el día es la filosofía alemana bajo la forma de panteísmo ó de monismo espiritualista, que se ha levantado sobre la crítica kantiana del teísmo racionalista y puede ser mirada como la continuación de la filosofía griega, pero en un nivel mucho más elevado de la conciencia. Hegel realiza un sistema grandioso sobre la base del postulado de la inmanencia divina, y el Verbo hecho carne de San Juan está tomado como el destino del hombre en general, sobre todo en tanto que hay conciencia de la inmanencia divina: de este modo se adhiere, aunque sin saberlo, á esta fuerza de gravedad de la filosofía india, que en el Tao-te-King de Lao-tse ha producido tan magnífico florecimiento emancipada de la fantasía india, mientras que él mismo ve la religión absoluta en la transformación y en la interpretación dialéctica llena de atrevimiento que da al cristianismo (sobre todo á la doctrina del Logos de San Juan). Por el contrario, Schopenhauer se sumerge en la concepción del mundo de la filosofía védica y del budhismo, resucita su idealismo subjetivo, que asimila el mundo á un sueño, su pesimismo (mucho más profundo que el del cristianismo, la ética y la Nirvana del budhismo). Anticipándose á la historia de la evolución religiosa, la filosofía renueva los elementos más ó menos útiles del indianismo, los aproxima á la conciencia de la cultura moderna y prepara la síntesis futura en los elementos que deben conservarse ó las doctrinas transformadas de la evolución religiosa judeo-cristiana. Una tarea le queda á la filosofía alemana, y es el fundir las ideas religiosas del Asia Central, (tomadas fragmentariamente por Hegel, Schopenhauer, (Fichte, Schelling, Herbart, etc.) con los elementos del cristianismo que merezcan conservarse, así como en el círculo de ideas desenvuelto por la cultura moderna (y que en su mayor parte encuen-

tra ya su expresion en Hegel), y formar así un sistema bien unido para obtener una concepcion metafísica de las cosas que, infiltrándose por grados en las capas más profundas de la conciencia del pueblo, ofrezca las condiciones más favorables al desarrollo de una nueva vida religiosa que suceda á la vida cristiana que se extingue. Si la filosofía religiosa ha seguido hasta aquí un camino errado, es porque se ha figurado que era necesario considerar y demostrar como religion absoluta una sola de las religiones: Hegel, por ejemplo, la religion cristiana; Schopenhauer, el grupo asiático de las «venerables religiones primitivas de la humanidad.» El progreso del espíritu crítico debe, necesariamente, abrir los ojos sobre la debilidad de estos esfuerzos y conducir á la filosofía de la religion á circunscribir su tarea, que ya no debe consistir más que en señalar los elementos filosóficamente comprobados que pueden servir para nuevas creaciones religiosas, que se encuentran en todas las religiones, y en particular en aquellas que acusan un gran desenvolvimiento, y mostrar á lo léjos los objetos del desenvolvimiento convergente de la religion en los diferentes territorios de la civilizacion.

Que el teísmo personal trascendente ha llegado á ser inaceptable para la conciencia moderna, en sí mismo igual que por sus consecuencias (moral heterónoma, teodicea, libre arbitrio, etc.), es un punto que ha sido tratado con frecuencia, y nada más que un espíritu conservador respetable, pero ignorante de la ciencia, puede hacerse ilusiones sobre tal hecho. Pero ante esta imposibilidad del teísmo, hé aquí lo que llega á ser una cuestion vital para la religiosidad y para el idealismo de la humanidad; el *panteísmo* debe penetrar en la conciencia de los pueblos que representan la civilizacion moderna; porque si esto no tiene lugar, si no se verifica á tiempo, ¿qué acontecerá necesariamente? Que el naturalismo materialista irreligioso ocupará el lugar vacío, proceso que se efectúa todos los dias ante nuestros ojos; pero sólo, no obstante, en las regiones en que la filosofía alemana panteísta no ha penetrado todavía con su luz y su calor. Enrique Heine tiene razon, en efecto, al afirmar que «el panteísmo es la religion latente de Alemania,» y es seguramente una señal de los tiempos el que hasta en los círculos del judaísmo aparezca una filosofía con tendencias religiosas reformadoras, que toma esta palabra por divisa, predica la impersonalidad de Dios y la inmanencia y profesa el pesimismo (1). Si son posibles tales cosas en el judaísmo semítico, al cual debemos el monoteísmo personal, no hay ciertamente

razon para desesperar que en la Alemania puramente aria, despues de haber sido la religion oculta de la filosofía esotérica, llegue á ser el panteísmo un modo general de pensar de los hombres cultos en un principio, y despues del pueblo entero, y pueda llevar en sí el germen de una nueva vida religiosa.

¿Podrá objetárse nos que el panteísmo de la India ha sumido á los pueblos en la *apatía*? Por de pronto, esto sería olvidar las consideraciones precedentes, en las cuales se ha visto que el panteísmo indio no era lo suficientemente monoteísta para defenderse contra el politeísmo que sofoca el espíritu; pero en segundo lugar, se engañaría mucho aquel que pretendiese acusar al panteísmo de ser la causa de la *apatía* letárgica de los indios, y no el idealismo subjetivo soñador que está conforme con su espíritu nacional. El que no reconoce en el mundo una manifestacion objetiva real de la creencia absoluta, y no se adhiere más que á la idea de una apariencia subjetiva sin verdad, de un sueño, de una agitacion, de una ilusion, el que declara en consecuencia no ver en el espacio y el tiempo más que puras formas de la intuicion que carecen de forma de existencia correlativa en la realidad, y, como consecuencia necesaria, en la historia y en la evolucion que allí se cumple nada más que una ilusion sin objeto, aquél no puede ménos de encerrarse en su sueño, como la oruga en su crisálida. Con semejantes presuposiciones en lo que concierne á la teoría del conocimiento, no puede existir metafísica capaz de contrarestar el quietismo apático, que es su consecuencia necesaria. Así, pues, es preciso romper por completo con esta idea del mundo que se deriva de la teoría del conocimiento, aceptada desgraciadamente por Schopenhauer (1), si no se quiere, á semejanza del indianismo, caer en una indolencia absoluta. Este es uno de los puntos en que la idea del mundo judeo-mahometano-cristiana, esto es, la idea realista que cree en la realidad del tiempo, de la historia y de la evolucion, aventaja decididamente á la idea india, y esta superioridad es la que enfrente del estancamiento apático, constituye la condicion del progreso histórico valerosamente proseguido por la civilizacion mahometano-cristiana, y que ha hecho de los pueblos cristianos los agentes y los representantes actuales del progreso de la historia universal. En el protestantismo, el evolucionismo realista ha venido á ser el optimismo evolucionista, del que Leibnitz, y Hegel principalmente, han hecho la idea fundamental de la cultura moderna. No debemos sorprendernos de que del dominio

(1) Véase Dr. Movitz Venetianer «Der Allgeists» (El espíritu universal.) Berlin, Carl Duncker, 1874; «Schopenhauer als Scholastiker» (Schopenhauer escolástico), idme. 1873.

(1) Puede verse mi escrito consagrado á este asunto «Das Ding an sich und seine Beschaffenheit.» (La cosa en sí, lo que es.) Berlin. C. Duncker, 1871. Una segunda edicion aumentada apareció en 1875 bajo el título de «Kritische Grundlegung des transcendentaten Realismus.» (Demostracion crítica del realismo trascendental.) Idem.

lógico-evolucionista este optimismo haya pasado al dominio eudemonológico; pero este falso optimismo eudemonológico está ya considerablemente limitado en Hegel por el desden que profesa, por la felicidad individual y por el cuadro que hace del desenvolvimiento obtenido únicamente por el conflicto doloroso de la oposicion (1); por otra parte, en Schopenhauer se cambia á la inversa el pesimismo más decidido, que pasa á su vez por una transicion tan poco motivada, del dominio eudemonológico al dominio evolucionista. Sin pesimismo eudemonológico, el optimismo evolucionista debe necesariamente conducir á una mundanalidad irreligiosa; sin optimismo evolucionista, el pesimismo eudemonológico debe terminar en una indolencia desesperada, si es que no degenera en ascetismo religioso. Hace falta la union de ambos para formar una concepcion del mundo, que por una parte conceda su derecho á la realidad y al desenvolvimiento del elemento terrenal, y por otra evite la falta de ver en esta realidad el objeto final de atribuirle valor en sí misma y por ella misma, y se eleve, al contrario, por un idealismo metafísico objetivo por encima de la indignidad de este mundo, que ciertamente no merece la existencia.

El cristianismo, como se ha hecho notar frecuentemente, tiene tambien por punto de partida el pesimismo eudemonológico, pero lo corrompe por la mezcla egoísta con un optimismo eudemonológico trascendente que se apoya sobre la creencia en la inmortalidad individual, y sobre la eterna felicidad prometida al hombre piadoso. De esta suerte se alimenta un egoísmo metafísicamente refinado, el cual es peligroso para la verdadera moral, que se funda en la abnegacion: de esta suerte, el juicio pesimista, llevado al mundo real, queda reducido á no ser más que un momento relativamente pasajero. La época presente, que exige imperiosamente una moral pura de toda especie de egoísmo grosero ó fino, no puede conservar esta creencia; debe tratar de unirse al pesimismo, que (en su forma genuina) no trata de engañarse sobre la miseria de la existencia con ninguna ilusion que le haga soñar en una vida más allá de esta, y que para el individuo, como tal, no reconoce más que una aspiracion: verse algun dia libre del penoso deber de cooperar á la evolucion, sumirse de nuevo en el Brahma como la burbuja en el agua, extinguirse como la luz en el seno del aire, y no renacer jamás (para adoptar la expresion exotérica apropiada á la creencia popular). Tal es la expresion entera de la aspiracion del alma religiosa que no busca la felicidad, sino la paz

y la union con el espíritu universal, union completa que no sea turbada por ninguna apariencia de reparacion, y como individuo cumpla con paciencia los deberes de la moral hasta que la hora de la libertad suene para ella.

En vez de la fe en la persistencia del individuo, fe pobre y perniciosa, el panteísmo concede al sentimiento religioso la emocion profunda y la inmensa satisfaccion de sentirse eternamente uno con su Dios, de suerte que no haya separacion posible, siendo el hombre una manifestacion de Dios en la cual nada existe más que Dios. La conciencia de tal persuasion es el objeto de los sueños más exaltados de los místicos; pero un objeto que jamás podrían alcanzar mientras Dios se les representase como una persona opuesta á ellos, como una sustancia distinta, aunque sólo una sustancia creada, y creyesen que entre los dos estaba el «mediador» personal, incapaz de unificar, no desempeñando más papel que el de hacer constar eternamente lo profundo del abismo. Sólo el panteísmo realiza los sueños más atrevidos de los místicos sin ofender á la razon; él solo hace completamente supérfluo el diálogo con Dios, que en el teísmo no es más que el expediente miserable que oculta la falta de unidad; lo hace supérfluo, reduciendo la dualidad de las personas supuestas en el acto de la súplica á la pura y simple unidad que deja el diálogo muy atrás y que puede ofrecer infinitamente más que un diálogo al sentimiento religioso. En lugar de la pseudo-moral heterónoma del teísmo, el panteísmo presta á la ética una base metafísica por la cual la moral humanitaria que flota en el aire y no sabe más que invocar el buen corazón de aquéllos que quieran aceptarla de buen grado, se encuentra fundada y establecida teóricamente sin perder nada de su autonomía. Una moral sin metafísica siempre pára en buscar su apoyo en la pseudo-moral del egoísmo refinado, que sabe calcular y conoce bien su interés (Spinoza y los enciclopedistas), porque sin tal apoyo poco fondo se podrá encontrar en esta moral. Pero la moral que se dice del interés bien entendido tan poco tiene de moral, que ni aún puede atreverse á hacer reflejar la ética sobre su superficie, como la moral heterónoma del teísmo ha conseguido hacerlo con tanto éxito, sino que sólo se ofrece como un sustituto de la verdadera ética declarada por ella sueño é ilusion. Sin embargo, la moral heterónoma está en un error al mirar con desprecio la moral del interés bien entendido, porque en realidad una y otra tienen lo mismo de la verdadera moral, y entre estas dos clases de pseudo-moral la moral del interés bien entendido tiene por lo ménos sobre la otra la ventaja de ser autónoma.

El panteísmo ó el monismo espiritualista es la sola especie de metafísica que, sin herir á la auto-

(1) Véase Volkert J. «Das Unbewurte und der Pessimismus.» (Lo inconsciente y el pesimismo.) Berlin, Henschel, 1873, pág. 246 y 255.

nomía del individuo objetivamente real en tanto que fenómeno, hace entrar á la propia voluntad que se cree soberana en la nada de su existencia de fenómeno, mostrándole de qué modo se hace á sí misma (esto es, á la esencia que tanto tiene de él como de su prójimo) la ofensa que cree hacer á su prójimo y que al propio tiempo se sirve á sí mismo al servir á ese. Lo que la compasión y la caridad no hacen más que presentir intuitivamente realizándolo en la práctica, á saber, que el yo de la conciencia que se separa del no yo y que se opone á él no es el verdadero yo, sino que este verdadero yo abraza al otro y al mundo entero, esta verdad ética fundamental no se expresa más que por el panteísmo. El «tat tuam asi» (tú eres eso) de los Indios es un fundamento de la ética infinitamente más profundo, siendo verdadero en el sentido estricto, que el argumento antropomórfico cristiano, según el cual debemos amarnos porque somos los hijos de un mismo padre, como si el amor natural de los hermanos no tuviera en contra suya el odio natural de los hermanos, y como si la obligación de este amor no tuviera ella misma sed de buscar un apoyo en la moral, lejos de servirse ella misma de apoyo. En tanto que el monismo no es el fundamento de la ética, todo se disuelve en un capricho subjetivo, á menos de estar sujeto por las leyes heterónomas exteriores ó por un refinamiento del egoísmo; la razón misma no aparece más que como un placer subjetivo, mientras no se toma como atributo de la esencia única universal, que se aparece á todos los individuos como principio objetivo del mundo.

Y cualquiera determinación que se pueda buscar y encontrar para el principio más elevado de la moral, ya sea la compasión, el amor, la fidelidad, la justicia, la armonía universal, la solidaridad, el bien más grande posible del todo, la cooperación al fin inconsciente del mundo, etc., todos estos conceptos no traspasarán jamás la esfera de las ideas subjetivas, de las cuales una conviene á éste, otra á aquél, pero para las cuales nunca se dejará sentir la necesidad de la realización si no se busca la intervención del monismo metafísico. Esto manifiesta que en lo concerniente á la ética también podemos sacar más del budhismo que del cristianismo, y lo que es verdad del monismo lo es igualmente del pesimismo, es decir, que el budhismo es el solo sistema en que el pesimismo sirve expresamente para fundar la moral. Por el contrario, carece, verdad es, de la hermosa actividad redentora que posee el cristianismo; mas precisamente esta redención permanece en último resultado tan exterior, tan heterónoma como el precepto moral. Del mismo modo que en el cristianismo, la sustancia de la idea moral ha sido fijada de una vez para

siempre por el Dios trascendente sobre el Sinaí sin la participación del hombre, lo mismo que la culpa moral (como pecado original) ha sido asumida para siempre por el padre de la humanidad, de igual manera la redención cristiana del pecado se ha llevado á cabo en el Gólgota de una vez para siempre en favor de todas las generaciones por un hecho único puramente exterior. Como la ley moral heterónoma tiene su reflejo psicológico en la obediencia ciega, la manipulación trascendente de la redención tiene el suyo en la fe ciega; el hombre tiene tan poca parte en la victoria obtenida sobre el pecado, como es autónomo en su vida moral. Aconteciendo esto, ¿qué resulta? Que la ley que se dice redentora, de un modo tan escaso puede producir una enmienda y un levantamiento después de la caída, que puedan calificarse de actos morales, como la obediencia exterior á la ley puede producir una verdadera moralidad: el perdón de los pecados por el confesor, y el dogma de la «justificación por la fe» destruyen la posibilidad de la verdadera regeneración moral, porque puestos en presencia de los comienzos embrionarios existentes de la verdadera reparación moral, los expulsan como un feto que no es viable, en lugar de dejarle desenvolverse, madurar y llegar á ser un organismo lleno de vida.

Del mismo modo que como medio de educación propedéutica para los pueblos, la moral heterónoma tiene para la moral autónoma un valor que es conveniente rebajar, es posible que la calma procurada á la conciencia por la fe en una justificación ganada por los méritos de otro y una enmienda debida á un socorro extraño, hayan tenido su legitimidad histórica relativa; pero se trata de otra cosa hoy; se trata de sostener por nuestros propios medios y de conducir á buen fin la enmienda y la reforma moral después de una caída producida por nuestros actos y no por los de otro, para poner inmediatamente y retener con firmeza lo que habrá sido penosamente conquistado como un capital moral que nos pertenece totalmente. Este camino es, sin género de duda, más fatigoso que el puente cómodo del perdón obtenido por los méritos de otro; pero al mismo tiempo la obra seria de la moralización de sí mismo por una disciplina moral, progresando paso á paso, dará resultados reales y no tan sólo imaginarios como la regeneración pauliana, según la cual hemos visto que si el hombre se había enriquecido efectivamente, había sido en orgullo espiritual.

Pero si la ética panteísta renuncia de este modo por una parte á los expedientes exteriores y ficticios de redención, de los cuales el cristianismo tiene el privilegio, no deja, sin embargo, por eso de ser una moral religiosa (como la moral humanitaria del protestantismo liberal). Uniéndose estrecha-

mente con la metafísica, cuya eficacia ética es la mayor, se eleva por el contrario á la altura de la moral religiosa en un sentido nuevo más elevado que la moral cristiana, la cual, por más que haga, permanece siempre pseudo-moral heterónoma y no puede alcanzar la raíz metafísica más profunda de la moralidad, porque el Dios personal de los cristianos no es inmanente al mundo, sino que se le opone como una sustancia creada por él.

El capítulo del culto no se presta, por su naturaleza misma, más que á un pequeño número de indicaciones muy breves, puesto que el accidente juega el mayor papel en la elección de los símbolos y en la forma de las prácticas devotas. Se puede afirmar únicamente que el culto de una religion del porvenir deberá ser más *interior* que el de las religiones de hoy. Cuanto más pierde una religion de su contenido esencial y de su virtud como existente de la devoción, más degenera su culto en exterior; por el contrario, todos los renovadores religiosos han atacado el culto exterior que han hallado establecido, y han insistido sobre la necesidad del culto interior. Jesus tambien, reduciendo el culto esencialmente á la oración, exige breves palabras para la oración pública y en comun, y recomienda la oración solitaria. Así, pues, no debe reprocharse al protestantismo liberal el que disminuya el culto exterior, sino tan solo el que mine el suelo del culto interior. Si, como es posible esperar, la marcha del desenvolvimiento se continúa á partir de la uniformidad católica por la multiplicidad de sectas del protestantismo hasta el individualismo religioso que se acomodaría mejor particularmente con el espíritu alemán, puede encontrarse aún en esta ley una clara indicación en el sentido del culto interior, que será el de la religion del porvenir. Mas por lo que toca al culto individual interior, es decir á la profundidad de la emoción y de la satisfacción religiosa, lo repetimos, ninguna otra metafísica puede sobrepasar á la metafísica panteísta que ofrece el cumplimiento de lo que han buscado y perseguido los místicos de todos los países y de todos los tiempos.

Si, pues, se considera el estado actual de la ciencia, lo que hay de más verosímil es que la religion del porvenir, si de un modo general se juzga tal religion posible, será un panteísmo, y con más precisión un *monismo panteísta* (excluyendo todo politeísmo), ó un monoteísmo inmanente impersonal, del cual la divinidad tiene en el mundo su manifestación subjetiva, no fuera de sí, sino en sí. Pero ni el cristianismo positivo con un politeísmo de la Trinidad, ni el protestantismo liberal con su teísmo personal abstracto, son capaces de dar satisfacción á la necesidad que se siente: según la historia de las religiones, no puede hallarse lo que se busca más

que por una síntesis del desenvolvimiento religioso indio y del desenvolvimiento judeo-cristiano, constituyendo una forma que reune en sí las ventajas de las dos tendencias, eliminando sus defectos, y por eso solamente se hace capaz de reemplazarlos, es decir, de llenar el papel de religion verdaderamente universal.

Un pan-monoteísmo de esta especie sería la metafísica, que se compadecería mejor con la razón, que al mismo tiempo evitaría y satisfaría más poderosamente el sentimiento religioso, y prestaría á la moral el apoyo más firme, y de esta suerte se aproximaría más á lo que el pueblo busca en la religion bajo el nombre de «La Verdad.»

EDUARDO HARTMANN.

LOS ORADORES DEL ATENEO.

DON SEGISMUNDO MORET Y PRENDERGAST.

Penetramos en el florido verjel de la poesía, en el recinto deleitable y ameno donde se albergan los genios seductores de la elocuencia. Llegamos al más suave y armonioso de nuestros oradores.

No es águila soberbia que lanza su vuelo impetuoso por las regiones del aire; no es el rayo de so ardiente que abrasa los tiernos pétalos de la flor; no es la ola gigantesca que forja el mar en su embravecido seno y brinca espumosa sobre el inmoble escollo; es el malvis alirojo que entona su cántico dulce y monótono, oculto entre las frondas de un tilo; es el rayo tenue de la luna que esparce sosiego por el valle; es la onda cristalina que espira sin estrépito en la playa.

¿De dónde viene? De la libertad. ¿Quién no recuerda aquel grupo de jóvenes inteligentes que en los albores de una revolución rodeaba el estandarte mil veces bendito de la libertad? Uno de estos jóvenes, por la distinción de su figura, singularmente interesante, por el encanto que sabía comunicar á su palabra, siempre florida y persuasiva, arrastraba hacia sí todas las miradas y todos los entusiasmos. ¿Quién es entre nosotros el que no le ha visto subir á la tribuna acompañado de ese murmullo pasajero con que la simpatía impone silencio á la atención? Su cabeza, delicadamente bella, irradiaba inteligencia; su mirada, un poco vaga y soñadora, buscaba instintivamente la luz que entraba por el medio-punto del salón como para suplicarla que iluminase su pensamiento. Su palabra, confiada y vibrante, corría sobre los abismos temerosos de la política como un incauto niño que no percibe el peligro que le cerca.

Moret no es un orador parlamentario. Fáltale malicia, sóbrale fantasía y elevación para terciar en

esas peleas nobles muchas veces, á veces tambien indignas, en que se agitan los intereses políticos. Carece en absoluto de esa decantada habilidad, que mejor llamaríamos astucia, con que, á guisa de ganzáa, consiguen abrir hoy nuestros políticos las puertas del alcázar gubernamental. Si ha entrado en él algun dia, fué deslumbrando con el brillo de su palabra á los astutos enanos que lo guardaban. Arrojaronlo de allí más tarde explotando malignamente su candidez. Tampoco posee esa energía y firmeza que en el fragor de la lucha pone en suspension á los contendientes, ni con fogosos arrestos tritura y despolvorea las doctrinas de sus contrarios. Es un tribuno aristocrático que sólo produce efecto entre los espíritus cultos y un tanto iniciados en los refinamientos del lenguaje. Y en verdad que este responde con solicitud tan primorosa á los soplos más leves de su pensamiento, á sus matices más desvaídos, como las cuerdas del arpa contestan exhalando dulces notas á la blanca mano que las hieré.

La oratoria del Sr. Moret no tiene trascendencia en el sentido de que despierte el pensamiento para nuevas y más profundas concepciones. Limitase á recoger del suelo una idea generosa para arrojar sobre ella la luz de su inteligencia y ofrecérsela adornada con todos los colores del iris y todas las magias del arte. De este modo, mejor que con profundas y sábias disquisiciones, sirve á las ideas haciéndolas amables y simpáticas para todos. Su claro pensamiento tiene la virtud de disipar las nieblas con que la malicia y el error las cubren. La libertad es la musa que inspira todas sus oraciones: esta musa, que por capricho inexcrutable se ofrece las más de las veces á la vista de sus oradores como deidad sangrienta y vengativa, como ángel exterminador y ministro de la voluntad del pueblo destinado á dar muerte á los primogénitos del privilegio y de la fortuna, se presenta á los ojos del joven tribuno, y á los de aquellos que la gala de su elocuencia encadena, como ángel de ventura que trae en su mano, no la tea del exterminio, sino el olivo de la paz.

¡Grandé y poderoso influjo el de la elocuencia! A su poder no se allanan los peñascos ni se aplacan los irritados mares, pero hay algo que se mitiga y se aplaca más duro que los peñascos y más irritado que los mares; el corazón del hombre!

El Sr. Moret es un gran orador; pero nada más que un orador. Ha tenido la desgracia de nacer á la vida de la inteligencia en una época en que las aspiraciones más nobles del espíritu moderno se hallaban representadas por la escuela que tomó el nombre de economista. Y digo desgracia, porque no es mucha fortuna ciertamente para nuestra juventud el que haya de percibir la luz de la ciencia siempre de reflejo y á través de los cristales que el

curso de las circunstancias las interponen. En los comienzos del siglo, los jóvenes que en nuestra patria amaban la cultura y ocupaban su espíritu con los problemas que arrastra consigo, eran cándidos descreídos y reformadores ilusos. Miraban por el cristal de la Enciclopedia y no alcanzaban á ver más que negaciones en el vasto campo de la ciencia. Más tarde llegó hasta aquí la ola de la escuela economista, y arrastró consigo á la flor de nuestros pensadores que navegaron incautos sobre su turgente espalda, sin comprender á qué abismo de anarquía y egoismo nos conducían sus falaces armonías. Ultimamente la amplitud que de poco á esta parte han tomado los estudios de medicina, introdujeron aquí de soslayo la gallina del positivismo, que con tal extraña fecundidad va empollando en nuestras tierras, como se advierte por el número de pollos que en el dia hacen profesion de excépticos.

Todas estas direcciones, imposible fuera negarlo, corresponden en la esfera del conocimiento á otros tantos puntos de la realidad, pero tienen la desdichada ocurrencia de aspirar al monopolio de toda ella, por lo mismo que en España van campeando sucesivamente sin mantener las luchas incesantes á que otras escuelas rivales las provocan en los demas países, y consiguen de esta suerte hacerse insoportables y odiosas para los espíritus que buscan imparcial y seriamente la verdad.

El Sr. Moret puso al servicio del individualismo las prodigiosas aptitudes con que la Providencia le dotara, cuando el individualismo era el único pan que se ofrecía á los hambrientos de la inteligencia. Sintióse vencido por aquella serie de hermosos sofismas con que el optimismo individualista nos llevaba á la felicidad sin movernos del sitio, sin hacer otra cosa que presenciar inmóviles el desenvolvimiento de las leyes que llamaban naturales. Parodiando á la inversa la frase de Mahoma, decían: «No vayais á la felicidad; dejad que la felicidad venga á vosotros.» Y, no obstante, ninguna de las condiciones morales del Sr. Moret acusa un individualista. Un espíritu como el suyo, generoso y armónico, más apto parece para la iniciativa de algun noble y filantrópico proyecto que para la expectacion fria y calculada que la antigua escuela económica imponía á sus afiliados.

Escuchad á ese orador ameno y elegante, saboread la ambrosía de su diction, extasiaos ante ese conjunto de hermosas imágenes que surgen bullidoras al conjuro de su encantada fantasía, y sabed despues que ese orador tan delicado, ese espíritu tan poético es... un hacendista.

Sí; el Sr. Moret se ha consagrado á la ciencia financiera, ha sido su intérprete en la Universidad de Madrid y su ministro en las esferas del poder.

¡Podrá darse mayor desdicha para la poesía, quiero decir, para la Hacienda!

¿Por qué es el Sr. Moret un financiero? Preguntad á la más fragante de las flores, á la suave madre-selva, por qué despide su perfumado aroma entre las aguzadas espinas de una zarza; preguntad á la perla por qué oculta sus bellezas en el fondo de un molusco repugnante; preguntad por qué de un matemático profundo se forma de súbito un poeta dramático.

Arcanos y paradojas son estas con que la naturaleza nos quiere sorprender algunas veces.

El Sr. Moret nació orador y se hizo financiero, ó lo que es lo mismo, nació rruiseñor y quiso ser gorrion. Para gorrion es demasiado fino y atildado.

Queremos, pues, al Sr. Moret rruiseñor; queremos escuchar su voz elocuente siempre que no nos hable de deuda flotante ó de emision de bonos. Queremos tambien contemplarle desempeñando en la escena de la oratoria papeles de víctima, porque su frase, siempre melódica y regalada, no se hizo para expresar los acentos ásperos y arrebatados del tribuno batallador, ni mucho ménos para engolfarse en el laberíntico juego de la ironía y la sátira.

Nada hay que nos disguste tanto como el gracejo del Sr. Moret cuando graceja. Con aquel rostro afe-minado; con aquellos ojos que, aún queriendo reflejar malicia, siguen expresando la misma amable inocencia, con aquel aire soñador, con aquella voz conmovida y temblorosa que frecuentemente se anuda en la garganta, produciendo un movimiento de simpatía en el auditorio, ¿aspira el Sr. Moret á ser zumbon? ¿No comprende que el chiste que sale de su boca, suena como un suspiro?

Abandone el ilustre orador esa forma, que se hizo para almas más revueltas y tempestuosas que la suya; no vuelva á introducirse incautamente en los matorrales de la hacienda, donde su espíritu dejará el rico vellon de la poesía y de la elocuencia, y siga el glorioso camino que su naturaleza le tiene trazado. Es nuestro respetuoso consejo.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

EL TEATRO ESPAÑOL.

I.

El Teatro Español se titula tambien un notabilísimo artículo que publica la REVISTA EUROPEA en su número 156, correspondiente al día 18 del pasado mes de Febrero.

El profundo conocimiento de la materia que revela el articulista, la castiza frase, el elegante estilo y la brillantez de las imágenes, dan bien claro

á conocer que D. Alberto Sanabria y Puig, firmante del artículo, no es un sér de carne y hueso, sino simplemente un pseudónimo que encubre el nombre de uno de nuestros más eminentes autores dramáticos.

Para contestar al Sr. Sanabria, perdóneseme el atrevimiento; para ocuparme de la alusion, lisonjera *hasta cierto punto*, que me dirige; para decir algo, que aún no se ha dicho, acerca de los males que aquejan al Teatro Español y proponer el remedio, pido hospitalidad en las columnas de la REVISTA EUROPEA á su ilustrado director.

Y tomo parte en esta discusion, porque he sido directamente aludido por el Sr. Sanabria; que de otro modo no me ocupara del asunto para *hablar* de él, sino para *hacer* algo, cuando llegara ocasion oportuna.

La mayoría de los críticos, de los eminentes literatos y sabios pensadores, que ya en el periódico, ya en los salones del Ateneo, han discutido el tema que de título sirve á estos renglones, han convenido en la siguiente afirmacion: *el Teatro Español está en decadencia*. Esto es ya un axioma que no necesita demostracion.

Ahora bien; si el teatro es simplemente un pasatiempo, la especulacion de unos cuantos ó el *modus vivendi* de poetas y actores, en ese caso es tiempo perdido el que se emplea en averiguar su estado y en buscar la manera de atender á su mejoramiento: son ociosas, son absurdas tantas investigaciones, tantas discusiones; es ridículo el proceder de los gobiernos más ilustrados de Europa, que emplean hasta el dinero del contribuyente (lo cual no debe ni puede hacerse en España) en dar al teatro lustre y esplendor. Si esto es así, tienen razon los que dicen (por fortuna son muy pocos) que lo mejor es no ocuparse de ello; que el teatro debe seguir las fatales leyes de la oferta y de la demanda; que si el público va á degradarse presenciando espectáculos repugnantes é inmorales, nada debe hacerse para que asista á aquellos en que se rinda culto á lo bueno, á lo bello y á lo verdadero.

Esto no puede decirse en serio, y mucho ménos en España. En la patria de *Calderon*, *Lope*, *Tirso*, *Alarcon*, *Moreto* y *Rojas*, no puede decirse que el teatro es una *cosa* que se cotiza en los mercados. Las naciones nunca venden su *honra*; y honra de España es el monumento que á nuestra gloria nacional aquellos genios levantaron; y ¡oh mengua! mientras en España no puede hoy representarse medianamente en ningun teatro ni *El médico de su honra*, ni *El alcalde de Zalamea*, ni *El desden con el desden*, ni *Casa con dos puertas*, ni *La villana de Vallecas*, ni *El mejor alcalde el rey*, ni *La verdad sospechosa*, ni *Las paredes oyen*, ni *García del Castañar*, en el Teatro Frances se ejecutan á la perfec-

cion *Le Cid* y *Le menteur*; es decir, *Las mocedades del Cid*, de nuestro *Guillen de Castro*, y *La verdad sospechosa*, de nuestro *Alarcon*. En Paris se rinde más culto al Teatro Español que en esta pobre é indiferente España.

Si como gloria nacional, si como monumento artístico y literario debe evitarse la total ruina del Teatro Español, como se evita que desaparezcan la Alhambra de Granada, San Márcos de Leon y el Alcázar de Toledo, como bella arte no debe ser ménos atendido que el teatro donde se canta música alemana, italiana ó francesa; ménos protegido que el cuadro ó la estatua que se premian en una exposicion. Para la música, para la escultura, para la pintura, tiene proteccion el Estado en España; para el glorioso Teatro Español, nada.

Y entiéndase bien que yo no quiero el teatro oficial, que rechazo hasta la subvencion; no quiero el teatro dependencia del ministerio de Fomento ó de Gobernacion; no quiero el teatro Español del conde de San Luis, porque esta proteccion irreflexiva daría el golpe de gracia al teatro.

El teatro Español no há menester la *proteccion oficial* y *directa* del Gobierno: el teatro Español tiene vida propia, si se le pone en condiciones de que pueda funcionar su vigoroso organismo, si se le presta el *apoyo indirecto* (sin gravar los fondos del Estado) que merece, *sobre todas*, una bella arte de grandísima importancia social en un país donde hay muchos millones de habitantes que no saben leer, que no reciben más instruccion que la que les puede dar el teatro, la instruccion que entra por los ojos y por los oidos.

Creo haber demostrado que la cuestion de vida ó muerte del teatro Español es cuestion de honra y de decoro nacional; que en tal concepto, y además por su importancia social y política, en cuanto se relaciona con la educacion de las masas ignorantes, merece fijar la atencion del Gobierno. Ahora contestaré á la alusion del Sr. Sanabria, indicando al propio tiempo las verdaderas causas de la decadencia del teatro Español, para concluir diciendo cómo puede encontrarse el remedio.

II.

Hé aquí la primera parte de la alusion.

Dice el Sr. Sanabria que yo he sido el empresario que ha dado más esplendor al teatro Español; recuerda las compañías que he dirigido en aquel coliseo, en las que figuran nuestras notabilidades artísticas; recuerda tambien que durante mi direccion se han dado á conocer poetas y se han estrenado obras que de entónces acá no han vuelto á representarse, ni podrán repetirse seguramente en iguales condiciones. Todo esto es verdad, y el Sr. Sanabria me hace justicia; pero andan tan desfigura-

das por esos mundos la justicia y la verdad, que al verlas aparecer, siquiera sea cual fugaz meteoro, hay que saludarlas con regocijo y mostrarse altamente agradecidos al benéfico genio que disipa los negros nubarrones que las encubren, preñados de envidia, de ignorancia, de vanidad y de todas las malas pasiones. Gracias mil, Sr. Sanabria, por aquella verdad y aquella justicia.

Y siento en el alma no poder decir lo mismo de la segunda parte de la alusion, que dice así literalmente: «Pues ese mismo Sr. Roca (el que dió tanto «esplendor al teatro Español), arrepentido, él se «sabría por qué, de haber ganado honra y provecho «durante dos años, se cansó sin duda de crédito y «fortuna (¡dichoso él!) y presentó un cuadro de actores indigno de nuestro primer teatro, que no «pudo conquistar ni el favor del público ni la benevolencia de la crítica.»

Esto no es exacto: ni yo me arrepentí de haber ganado honra y provecho (ya verá despues el señor Sanabria de lo que me arrepentí y de lo que me cansé), ni el cuadro de compañía que *puede* contratar era indigno del teatro Español. Antes y despues de que actuara aquella compañía las ha habido *mucho peores* en el clásico coliseo. Y respecto á si conquisté el favor del público y la benevolencia de la crítica, solo diré que en aquel año ganó la empresa más dinero que en los anteriores, y los periódicos prodigaron alabanzas sin cuento á la compañía que representó las mejores obras del teatro de Breton, que no son fáciles de representar, como las representaban Elisa Mendoza Tenorio, Emilia Sanz, Balbina Valverde, Clotilde Lombía; Morales, Mario, Oltra, Alisedo y Maza. No creo que ninguno de estos artistas sea indigno de figurar en nuestro primer teatro: en él han figurado por espacio de algunos años, con aplauso constante del público y de la crítica. Si el articulista se refiere á dos actrices que traje de provincias, y estuvieron sin trabajar en toda la temporada, á esto le diré que los autores no quisieron ayudarlas escribiéndoles papeles *ad hoc*, como han hecho constantemente con otras. Lo que faltaron fueron obras. Si entónces se hubiera estrenado *O locura ó santidad*, ya vería el Sr. Sanabria qué notables le parecían aquellas actrices.

Demostrado que el teatro Español, bajo mi direccion, *nunca dejó de ganar honra ni provecho*, voy á decir en confianza al Sr. Sanabria *de lo que yo me arrepentí* cuando me ví *obligado* á imprimir otra marcha á los trabajos artísticos y á prescindir de ciertas *notabilidades*.

En 1865 me hice cargo por vez primera de la empresa del teatro Español. A tal punto me llevaron mi decidida aficion á la literatura y arte dramáticos y las reiteradas instancias de mis amigos, entre

los que se contaban eminentes autores y artistas.

Ya entonces tenía yo aprendido que sin conjunto armónico no hay cuadro, y me dediqué con ahínco á buscar el conjunto. Creí que para ello bastaba reunir á nuestros actores más eminentes (como hoy cree cándidamente el Sr. Sanabria), y al efecto, sin reparar en sacrificios, contraté á los que siempre fueron lumbreras del arte, á Teodora Lamadrid, Josefa Palma, Pepita Hijosa, Cármen Berrobiano, Salvadora Cairon, Cándida Dardalla, y otras de órden secundario, con Julian Romea, José Valero, Antonio Pizarroso, Ricardo Morales, Antonio Zamora, Mariano Fernandez, etc., etc. La reunion de actores no resultó más que en la lista de compañía; digo mal, ni aún allí; porque aparecieron unos con letras más gordas que otros y con denominaciones absurdas, incompatibles con todo lo que pretenda llamarse bella arte. Esas letras gordas y esas denominaciones, que ya en la lista de compañía apartaban á los reunidos, significan las categorías, como llaman nuestros actores á lo que no es más que vanidad ridícula é imposibilidad absoluta de que el autor pueda ver representado con exactitud el cuadro que creó su fantasía.

Las categorías hicieron entonces que Romea, que era primer actor y director como Valero, no pudiera trabajar nunca con éste (sólo lo conseguí, Dios sabe á costa de cuántos disgustos, en tres ocasiones durante una temporada de ocho meses). Las categorías hicieron que los directores trajeran á la compañía los actores de su devoción, y por ende, cada director repartía los papeles á los suyos, por más que en el otro bando hubiera quien pudiera desempeñarlos mejor. En suma, las categorías hicieron que con una compañía monstruo, es decir, con dos compañías, se estrenaran aquel año *ménos obras que se han estrenado nunca* en el teatro Español; porque los primeros actores directores encontraban más cómodo hacer su repertorio, con lo cual fácilmente se comprende cuánto ganarían con aquella reunion de artistas eminentes, los autores dramáticos y el arte escénico.

La obra de más conjunto, la que ha alcanzado más perfección artística en su desempeño en la época moderna, *El alcalde de Zalamea*, que con tanto encomio cita el Sr. Sanabria, pertenece á aquella época: apelo al testimonio del ilustre refundidor de tan preciosa joya literaria, mi buen amigo D. Adelardo Lopez de Ayala; él podrá decir cuántos disgustos nos costó, cuántas dificultades tuvimos que vencer para conseguir aquel brillante conjunto.

Ya entonces me arrepentí de mi amor al arte, ya entonces me cansé, ya entonces comprendí que la reunion de notabilidades con sus prerogativas, preeminencias, títulos y sueldos, todo lo cual va

anejo á la categoría, era un mal gravísimo para el arte, era *la muerte del Teatro Español*.

Y así también lo comprendían los actores jóvenes, los que entonces eran ya fundada esperanza del arte escénico. La regeneración del Teatro podía y debía esperarse de ellos, que no cesaban de rebelarse contra la tiranía de sus maestros, que censuraban sus absurdas pretensiones, la exorbitancia de sus sueldos, el monopolio que ejercían, etc., etc.

Por todo lo cual, cuando en 1870 volví á encargarme de la dirección del teatro Español acudí al elemento joven. ¡Cuánto va del dicho al hecho, de la teoría á la práctica! En honor á la verdad, debo decir que las cláusulas generales de los contratos y del reglamento que dicté, fueron aceptadas por todos los artistas; y en este reglamento, por vez primera desde los tiempos de Lope de Rueda, se suprimieron las categorías y las denominaciones, y los actores todos se obligaban á hacer el papel que les repartiera el autor.

Esto no obstante, algunos autores dramáticos, que no quiero citar, saben muy bien que únicamente por mi energía y por la abnegación de algunos actores, pudo sostenerse aquella organización á costa de grandes penalidades.

Entonces me convencí de que los jóvenes, salvadas honrosísimas excepciones, sin tener, ni con mucho, el mérito de los viejos, habían aprendido de ellos lo malo sin cuidarse de imitarles en lo bueno.

Y hé aquí, Sr. Sanabria, por qué me arrepentí, por qué me cansé de ganar en el teatro honra y provecho.

Abandoné la dirección del teatro Español por excesivo amor al arte, que veía próximo á perecer en manos de los que de él vivían.

Volvieron á aparecer las categorías (ÚNICA CAUSA DE LA DECADENCIA DEL TEATRO ESPAÑOL), y las letras gordas en los carteles, y el primer actor director, y la primera actriz absoluta, hasta llegar á la contrata de que nos habla el Sr. Sanabria, última palabra de la más ridícula vanidad.

Por supuesto, que, á pesar de las protestas del Sr. Sanabria, yo no creo en la existencia real y efectiva de aquel contrato, ni de aquella actriz, ni de aquel empresario. No creo posible que ningún artista proponga *que no se podrán contratar actores que no merezcan su aprobación*: el artista que esto propusiera estaba juzgado, y no habría empresario que lo quisiera tener en su compañía ni de balde, porque el verdadero mérito no teme la competencia. Ni mucho ménos creo que haya ningún actor ó actriz ó empresario que pongan su firma al pié de un contrato donde se consigne: *que el artista tiene potestad para admitir ó rechazar toda clase de papeles, á cuyo efecto leerá las obras que hayan de ponerse en escena, teniendo voto decisivo sobre su admisión*.

Si esto fuera posible, los autores dramáticos, siquiera por instinto de conservacion, no pondrían los piés en el teatro donde tal cosa sucediera; y es lo cierto que este año en que es moda, segun el Sr. Sanabria, aquel *patron de contrata*, se han estrenado obras en todos los teatros de Madrid.

Lo mismo digo respecto al sueldo *mitológico* de que nos habla el articulista... ¡*más de cuarenta duros diarios!* Yo he firmado varios contratos con Teodora Lamadrid, Julian Romea y Valero. A nadie se le ocurrirá pensar que exista hoy en nuestros teatros ningun artista que pueda comparárseles: pues bien; ni Teodora, ni Romea, ni Valero han ganado más de veinticinco duros en las épocas de su mayor apogeo, ni se les ocurrió nunca *humillar* á los autores dramáticos y *cerrar la puerta* á los artistas que quisiera contratar la empresa en uso de su legítimo derecho.

Por todo lo cual, perdóneme el Sr. Sanabria, creo que la contrata de que nos habla ha sido una broma. De todos modos, es lo cierto que la irreflexiva ambicion de algunos actores les ha llevado al extremo de matar la gallina de los huevos de oro por sacarle el último que le quedaba; han puesto en accion la fábula que tan acertadamente cita el Sr. Sanabria, y el Teatro Español está dando las últimas boqueadas.

Todos los síntomas son de muerte próxima é inevitable: el público se aparta desdeñoso de nuestro espectáculo nacional, porque las *categorías* impiden que el autor reparta las obras como crea conveniente y coloque las figuras en el punto en que mejor puedan dar vida al *cuadro* que creó su fantasía. Y no habiendo cuadro, no habiendo armonía, no habiendo conjunto; no hay belleza, no hay arte, no hay atractivo, no hay más que *deformidad*, é instintivamente la humanidad huye siempre de lo deforme.

Ni *La sacra familia* de Rafael, ni *Las lanzas* de Velazquez, ni el *San Antonio* de Murillo, ni *El testamento de Isabel la Católica* de Rosales, ni *La Vicaría* de Fortuny, existirían si al trasladar al lienzo tan maravillosas concepciones, las figuras que brotaban del divino pincel de aquellos artistas hubieran tomado vida real (sobre todo, vida de actores), que de seguro al reclamar su *categoría*, ninguna aceptara el puesto, ni la actitud, ni el color que la designaba el pintor. No habría museos, como no hay teatro.

La *categoría*, que significa tambien en los primeros puestos de la escala *cobrar mucho dinero*, impide la reunion de buenos actores, imposibilita el conjunto.

III.

¿Y este mal no tendrá remedio? pregunta el señor Sanabria. Lo tiene, sí; pero no en la subvencion del Gobierno, como aquel señor desea. La subvencion no serviría más que para aumentar las exigencias

de los artistas, para convertir el teatro en dependencia de un ministerio, ocupando los puestos que sólo debe ocupar el verdadero mérito, los recomendados de los prohombres del partido que estuviera en el poder. Esto, como he dicho ántes, daría el golpe de gracia al teatro: sin contar con que en un país donde no se paga á los maestros de escuela, ni á los contratistas de obras públicas, ni á los tenedores de la deuda sus intereses, sería abusivo é irritante pedir dinero al contribuyente para subvencionar un teatro, por más que éste fuera el Español. ¿Qué será, pues, el subvencionar á los extranjeros?

Para evitar la total ruina del Teatro Español hay que resolver varios complicados problemas, á saber:

Primero. Reunir una compañía compuesta de nuestros más distinguidos actores, que podría ser la siguiente, citándolos, salvo error, por orden de antigüedad en los teatros de Madrid: Bárbara Lamadrid, Matilde Díez, Teodora Lamadrid, Salvadora Cairon, Josefa Hijosa, Elisa Boldun, Balbina Valverde, María Tubau, Mendoza Tenorio, etc., etc.; José Valero, Mariano Fernandez, Manuel Catalina, Victorino Tamayo, Ricardo Morales, Emilio Mario, Rafael Calvo, Antonio Vico, José Mata, etc., etc.

Segundo. Supuesta la reunion de la anterior compañía, que no es poco suponer, la primera obligacion de todos sus individuos, sin distincion, sería *la de aceptar los papeles que los autores ó la Direccion les confiasen.*

Tercero. Hacer con todos aquellos elementos un presupuesto de gastos *posible* para sostener las obras en escena con un ingreso regular, pongo por caso, con 6.000 rs. de entrada.

Cuarto. Que á pesar de los anteriores supuestos, al parecer antitéticos, autores y actores, en general, ganen más honra artística, más gloria y más provecho que los que han obtenido hasta el presente.

Estos son, además de otros de menor importancia, los problemas que hay que resolver para sacar de su postracion al moribundo Teatro Español, convirtiéndole en el espectáculo predilecto de todas nuestras clases sociales, como lo fué en mejores dias.

Ya estoy viendo sonreir á los *entendidos*, y aún me parece escuchar que dicen: «*Pues si no hay Teatro Español hasta que se resuelvan aquellos problemas, cátales muerto por toda una eternidad.*»

Afortunadamente no es así, señores míos; creo, y así lo creen tambien algunos muy distinguidos autores dramáticos que con su amistad me honran, que yo he encontrado la solucion buscada, accediendo á sus repetidas instancias.

No de otro modo hubiera consagrado largas vi-

gias al estudio de esta cuestion tan complicada.

Explanar aquí mi proyecto, no conduciría á ningun resultado práctico, y haría interminable este artículo, acabando con la paciencia de los lectores, si les queda alguna despues de leer lo que antecede.

En forma de Estatutos someteré á la mayor brevedad posible, mi proyecto al juicio de nuestros más importantes autores y artistas dramáticos (así lo desean los que ya lo conocen): si aquellos, como éstos, lo aceptan, habrá remedio para el Teatro Español.

Tregua, pues, á las discusiones, tregua á las palabras, hablen los hechos; que no pueda decir el Teatro Español de nosotros, lo que decía áquel enfermo de sus médicos: «Los doctores discuten y yo muero.»

M. V. ROCA.

EL AMOR.

Á MI AMIGO AGUSTIN AGUILAR.

Ya sea en los cielos, sobre la tierra,

Bien en las nubes que dora el sol,

Por todas partes, si bien se mira,

Se ve el amor.

Se ve en la brisa, cuando amorosa

Besa las ondas que ella rizó,

Y en el arroyo cuando murmura

Junto á la flor.

Se ve en la luna cuando acaricia

El terso lago con su fulgor,

Y de las aves suena en el bosque

La dulce voz.

En esa estrella que al marinero

Cual polo fijo siempre guió,

Y en esos montes de blanca nieve

Como el vellon.

En la doncella que se estremece

Si escucha amante querida voz;

En todas partes se ve tu imágen,

¡Oh eterno Dios!

LEOPOLDO PAREJO.

Puente Genil, Febrero 1877.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Sociedad Española de Hidrología médica.

El lunes 26 del mes anterior se constituyó oficialmente esta Sociedad, debida á la iniciativa de los médicos-directores de baños, que despues de trabajos sin cuento y no pocas amarguras, ven realizadas sus aspiraciones é instalarse un centro científico que ha de reportar indudables beneficios á la

ciencia, y sobre todo al ramo especial á que se consagra, al estudio de las fuentes minerales de España y de su aplicacion en el tratamiento de las enfermedades.

Es la tercera de su clase que se instala en Europa, habiéndole precedido sus hermanas de Paris y San Petersburgo; cuenta con 60 socios numerarios, 30 honorarios y algunos agregados y corresponsales nacionales y extranjeros. Celebrará dos sesiones científicas públicas al mes, por ahora, en el local de la Academia Médico-quirúrgica Española, y tendrá en el estadio de la prensa su órgano oficial, *Los Anales de la Sociedad Española de Hidrología médica*, que dará á conocer sus acuerdos y discusiones, ocupándose además del movimiento científico de la especialidad, y de sus ciencias afines y auxiliares.

El acto de inauguracion tuvo lugar á las tres de la tarde del expresado dia en el salon de actas de la Academia Médico-quirúrgica Española, presidido por el Excmo. Sr. D. Ramon Campoamor, director general de Sanidad y Beneficencia. Comenzó por la lectura de la Memoria de secretaría, escrita en estilo correcto y levantado por el Sr. Villafranca, secretario general, leyendo en seguida el presidente, Sr. Salgado, una buena Memoria sobre el objeto y fines de la Sociedad, y los trabajos preliminares para la constitucion de la misma. Breves frases del director general terminaron el acto, que estuvo sumamente concurrido.

Por la noche, y para solemnizar el fausto suceso, la Sociedad celebró un banquete científico en la fonda de los Cisnes, presidido tambien por el director general del ramo: comenzaron los brándis por la lectura hecha por el señor presidente de la Real orden de constitucion oficial de la Sociedad, á la que siguieron los de los Sres. Campoamor y Lucientes por el Rey, y los de los Sres. Valenzuela, Calvo, Ruiz Salazar, Ruiz Jimenez, Jimenez de Pedro, Villafranca, García Lopez, Carretero, Zabala, Tejada y España, Arnus (hijo), Negro, García Martinez y otros, por el cuerpo de médicos-directores, por la fraternidad y union profesional, por el Consejo de Sanidad actual y los anteriores, por la ciencia médica y por el Gobierno de S. M. y señor ministro de la Gobernacion. El brándis del Sr. Taboada, presidente de la comision de publicaciones de la Sociedad, dice así:

«Brindo por la ciencia, esa irradiacion luminosa del infinito que, descendiendo en lenguas de fuego sobre los hombres, diviniza la palabra, inmortaliza la idea, y hace imperecedera la humanidad; que siguiendo las leyes mecánicas del universo, describe ángulos de reflexión, como ángulos de incidencia, viene del éter y vuelve al éter, produciendo: aquí el conocimiento, la idea, el progreso y la libertad, hálito de Dios en la tierra; allí la inmensidad del espacio, la eternidad del tiempo y la sublime dinámica del Cosmos, que fascina y aterra; aquí las ciencias del hombre y sus manifestaciones legítimas é inalienables; de los séres y de sus relaciones, de la materia y sus aptitudes y metamorfosis; allí la de los cielos, de los mundos y de los infinitos; aquí las ciencias sociales, morales, de la política, del derecho, de la riqueza, exactas, físicas, químicas, naturales y biológicas; allí la astronomía, código de millares de mundos y de millones de edades que viven en el espacio y se continúa en el tiempo, constituyendo así la eternidad de la materia y la eternidad de su trasformaciones genésicas. Brindo por la medicina, segunda madre patria, de los aquí reuni-

dos, á la que debemos cuanto somos, cuanto hemos sido y cuanto seremos... Severa matrona, bajo cuyo manto, en alas del estudio y del trabajo, hemos llegado á escalar los secretos y los misterios de los antiguos Epidauros, para convertirlos en verdades experimentales de aplicacion decidida y decisiva en la vida de las sociedades modernas, de aplicacion práctica y de resultados demostrables, en la conservacion de la salud y en la curacion de las enfermedades que de continuo afligen á la humana especie; que desde la uncion sagrada de la pagoda india de los avexifarmacos de Hipócrates y Galeno, desde la alquimia y la triaca magna, ha alcanzado los tiempos de la quinina, la morfina, el mercurio, el arsénico y los antimoniales, merced al genio de la filosofía positiva y experimental característica de nuestros dias...

Ciencia sagrada de los dioses y de los héroes, de los sacerdotes y de los templos, yo te saludo, confiando á tu poder y á tus investigaciones la solucion del problema social del porvenir, el perfeccionamiento y la salud de este *microcosmos*, la perfectibilidad y el progreso físico y moral de las colectividades, cuyo cuerpo enfermo y cuyo espíritu ignorante, gastado ó empobrecido, constituye la miseria *fisiológica* y *moral* de nuestras generaciones, la degradacion, el pauperismo y la miseria...

Brindo, señores, por la *hidrología médica*, especialidad á que nos hemos consagrado, por la carrera que hemos aceptado, haciendo pública mi gratitud y mi reconocimiento al Gobierno actual y á los que inmediatamente le precedieron, por su apoyo y proteccion oficial, que han contribuido tan poderosamente á dar cima á su cometido.

Las fuentes minerales, ricos tesoros de salud y manantiales fecundos de la riqueza patria, *de dominio comun y uso público*, no pueden existir ni abandonar á las exclusivas exigencias de la industria, á un exagerado individualismo, que habría de convertir en materia de desordenada explotacion lo que constituye su tesoro nacional.

Debidas á los titánicos fenómenos, á los gigantes latidos del corazon y las entrañas de nuestra madre tierra, su existencia no es fruto del trabajo individual, y por lo tanto todos tenemos derecho á sus virtudes y sus beneficios. Torrentes inagotables de ventura y de salud, son raudales de lágrimas con que la naturaleza consuela y mitiga los dolores de los hombres. Es un tesoro que hemos recibido en gracia y don de nuestra existencia, y que conservado, estudiado y convenientemente explotado, debemos legar á las generaciones que han de sucedernos, como éstas á las que hayan de sobrevenirnos. El Gobierno que desatendiese tan altos intereses, desatenderá los más altos fines de toda colectividad constituida, la salud y el bienestar de los asociados, primera fuente de derecho, primera aspiracion y primera necesidad de los fines de la vida social.

Preciso es, pues, que ya que el Estado cumple con su mision en todo concepto, la cumplamos nosotros en lo que nos corresponde.

El empirismo, la tradicion y la rutina, el vago analogismo ó la absurda creencia de fuerzas y misterios desconocidos, han sido hasta nuestras edades fuentes de indicacion del uso y aplicacion de las aguas minerales en el tratamiento de las enfermedades. Es preciso entrar resuelta y decididamente en el período de la hidrología médica *racional*; es necesario que la vía fisiológica y experimental guíe nuestros estudios terapéuticos, que la

filosofía de las indicaciones y el *por qué* curativo de las fuentes minerales, den razon clara y decisiva de sus indicaciones, y que la eleccion de un agua mineral en la práctica médica, ofrezca para su resolucion datos tan seguros, como los que nos ofrece hoy el código de nuestros modificadores higiénicos y farmacológicos.

Y este estudio es nuestro, y sólo nuestro. Demos á la práctica médica y á la clínica médica lo que han menester de nosotros, y dejarán, no lo dudeis, ese falso derrotero del analogismo ó del indeterminismo que constituye, con honrosas excepciones el empírico guía de la eleccion de los indicados hidro-minerales.

Confío en vosotros, en vuestro entusiasmo y en vuestra laboriosidad, hoy que, realizadas nuestras más queridas y soñadas aspiraciones vemos constituida oficialmente la *Sociedad Española de Hidrología médica*, encargada de realizarlas y de llenar cumplidamente su alta mision y su honroso cometido, y mañana, cuando las generaciones que han de sobrevenirnos estudien vuestros adelantos, utilicen vuestros estudios y admiren vuestros servicios, dirán al aprender vuestros nombres, al conocer á vuestros hijos: Aquellos son los fundadores de la *Sociedad Española de Hidrología médica*, aquel el Gobierno que dispuso y garantizó su constitucion, estos los hijos de aquellos padres que vivieron por la ciencia y para la humanidad.

Loor á aquellos tiempos y aquellas generaciones. Nuestra gratitud profunda y reconocida á estas, que han excedido el bello ideal de nuestras más queridas aspiraciones científicas.»

El banquete terminó á las diez de la noche en medio del mayor entusiasmo y cordialidad.

La primera sesion científica de esta Sociedad será el 5 de Marzo á las ocho de la noche.

El teniente coronel *Playfair*, cónsul general de Inglaterra en Argelia, acaba de explorar una parte de la regencia de Túnez, visitada en 1762 por el famoso viajero Bruce. En seguida entró en Argelia atravesando el distrito de los Khomaires hasta la poblacion de La Calle, situada en la frontera de las posesiones francesas. Los Khomaires, tribu muy poderosa, guardan la frontera del bey de Túnez y no permiten atravesarla á ningun cristiano; sin embargo, no son incorruptibles esos guardianes, puesto que Mr. Playfair refiere que le bastó distribuir el contenido de un tarro de confituras entre algunos miembros de la tribu para ganarse sus simpatías. Estas simpatías llegan algunas veces á una intensidad alarmante, como sucedió á Mr. Playfair y á su amigo el conde de Kingston, los cuales fueron honrados con la dignidad de miembros de la tribu, despues de una junta general de la misma en toda regla, y se adjudicó á cada uno las cuatro mujeres reglamentarias de la ley musulmana. Los viajeros no se conformaron con estos obsequios y honores y escaparon de noche, ganando la frontera argelina y atravesando el valle de Oulad-Sidera.